



# LOS SONIDOS DEL AGUA

Rosa Luz de Luna



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DE AGUASCALIENTES



# LOS SONIDOS DEL AGUA



# LOS SONIDOS DEL AGUA

Rosa Luz de Luna



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DE AGUASCALIENTES

## LOS SONIDOS DEL AGUA

Primera edición 2018 (versión electrónica)

© Universidad Autónoma de Aguascalientes  
Av. Universidad 940  
Ciudad Universitaria, C.P. 20131,  
Aguascalientes, Aguascalientes, México  
[www.uaa.mx/direcciones/dgdv/editorial/](http://www.uaa.mx/direcciones/dgdv/editorial/)

© Rosa Luz de Luna

ISBN 978-607-8652-08-2

Ilustración de portada: Tavo Montañez [tavomontanez.com]

Hecho en México/*Made in Mexico*

## ÍNDICE

PRÓLOGO	9
EL SONIDO ÚNICO	11
EL RÍO	17
MENÚ DE BODAS	25
PUERTECITO DE LA VIRGEN	39
LA INUNDACIÓN	45
EL UNIFORME	49
LAS VISITANTES	55
EL COFRE	59
LOS TÚNELES	65
LAS RUEDAS DE MOLINO	71
NO ES QUE SEA VANIDOSA	75
BATALLAS	81





## PRÓLOGO

Hace ya muchos años que el poeta potosino Miguel Álvarez Acosta nos obsequió *Semana de lugares*, un ramillete de sonetos que dedicó a cada uno de los siete municipios que componían el Estado de Aguascalientes. Nos iluminó, entonces, con una serie de paisajes de palabras que envolvían a cada una de las poblaciones.

Aguascalientes cuenta hoy con once municipios y Rosa Luz de Luna nos regala doce cuentos que nos comparten sentimientos, ilusiones, logros y frustraciones de personajes de ficción que encarnan la vida profunda de estos lugares. Nos ofrecen, así una visión entrañable y verdadera de su esencia.

Debemos agradecer a Rosa Luz que nos recuerde que Aguascalientes no es solamente su capital, esta ciudad querida que se acicala y maquilla la cara con fruición, al mismo tiempo que sus faldas le crecen, se desgarran y se llenan de basuras, de esta comunidad frenética con aspiraciones cosmopolitas, plausibles adelantos y evidentes abandonos. Nos recuerda que hay otros Aguascalientes en donde todavía la magia y la tradición son sustancia de la existencia cotidiana, en donde se sufre, se tejen ilusiones y en donde aún no se deja morir del todo esa mezcla de barro y pensamiento que llamamos humanidad.

Rosa Luz de Luna es narradora cabal, pero esencialmente poeta, por eso, tiene la capacidad de penetrar en las honduras en las que vive la sustancia verdadera de las personas y las cosas y tiene también las palabras justas para revelarla.

En sus narraciones encontramos la prosa poética pura en “El sonido único” y también el lenguaje coloquial de todos los días en un admirable puñado de cuentos.

Hay en sus palabras algunos ecos de la compasión que ponía en sus versos Gabriela Mistral cuando nos retrata el sufrimiento y la pobreza y también el sutil y turbador aroma de Tagore cuando revive magias y supersticiones.

Recibimos con alegría el retorno de las palabras de Rosa Luz de Luna, hechas de finas delicadezas y gratas incitaciones, palabras de auténtica oficiante del Templo de las Letras, que brotan al mismo tiempo del talento y del corazón, de un talento y un corazón que comprende a las mujeres y las lleva al protagonismo de sus textos.

Dr. Alfonso Pérez Romo

# EL SONIDO ÚNICO

*No busques más, no tiene caso, no vas a encontrar belleza, sólo soy un espejo con imágenes que casi no recuerdo. Mi nombre no es un nombre que dé significado a un mañana amable. Soy menos que la amiga de un coleccionista de onomatopeyas.*

*Antes de describirlos, tendrías que buscar en la punta de la lengua los sonidos ausentes en un río, después, si existen las palabras, habla de mí como si fuera cosa de honores al pasado. Mi labor de siglos, sencilla, cotidiana, no tiene más mérito que rodar por los suelos en la épica hazaña de dar vida.*

Fragmento por fragmento, Atzin relee el texto, sabe de lenguajes y estilos, siente el mundo que habita, conoce a fondo la ofrenda de un escrito. Pone atención a cuanto desprovisto de excesos, orienta el poema hacia el gemido similar a un estertor.

La primera estrofa, permanece en el espacio con resonancias tristes, la segunda choca en el asfalto.

Atzin escudriña la noche. Sigue leyendo...

*El cielo decorado con constelaciones, indica el posible origen del olvido. Quisiera conservar pocos recuerdos. ¿Quién fui? ¿Quién soy? Una estrella, amiga íntima, me ayuda a iluminar lo derribado por las sombras. Con su luz distingo, sin equivo-*

*carme, a los cazadores valientes, a los envueltos en hojas de maguey, a los que mueven sus dedos enjutos y hacen arcos con raíz de mezquite.*

*Cada vez que respiro, el recuerdo se agranda. Faldellines de hierba, piel de venado, de conejo...*

*Ellas me llevan en nopales huecos, quitan la sed a los guerreros y los aman como mujeres que saben lo que es la pasión antes de la batalla. Obsidiana sus senos, en su vientre da vida el alfarero que tatúa en el brillo de sus ojos círculos de sol oculto.*

*Tocan sonajas, guajes con piedras de hormiguero.*

*Danzan, atraviesan los tiempos, dan giros vertiginosos.*

*Tropas, cañones, soldados poseyendo vírgenes que hacen rumbos mestizos.*

*Las mujeres de ayer tejen venas como hebras que se alargan en el manto. Con buena consistencia en el lienzo, Cristo y corona. Los hilos anudados de dos en dos hasta completar el cuadro.*

*Morada fértil en la antesala del desierto, rumor de manantial, borboteo que dibuja en el valle un lomerío intermitente.*

*Infancia de adobe, calles en geometría angosta transformada en hectáreas de concreto. La crecida pluvial se abre paso entre derrapones y bocinas. Del suelo electrizado saltan chispas a los ojos.*

*La gente se confunde, me ataca. Me acusan de indiferencia a sus clamores. Me censuran por haberme ido años y años. No me fui, ellos, descreídos de toda advertencia, me alejaron con industrial testarudez. Caí de espaldas, golpeada por el ruido de una nueva cultura que desconoce lo que arrasa.*

*Atzín la lee enlutada de azul, con esos velos corre menos peligro de ser reconocida. Hoy por hoy son demasiados, pueden acabarla.*

Prosigue la lectura. Después de exhumar renglones, rehacer el fondo es tarea difícil.

Debe encontrar letras muy finas, bordarlas con esmero como lo hace Atl. Al parecer, el pasado es su presente. Atzin tendrá que recurrir a las ancianas que muerden pesares, sus bocas desdentadas guardan secretos a punto de la asfixia, tal vez quieran ayudarla a recuperar el orgullo de su origen que en asombrosa diversidad flota en el aire.

Atzin presente que Atl está decepcionada, son muchos sus padecimientos, puede comprender que se avergüenza de verlos tan falsamente fraternales, entre ella y ellos se abren abismos, vientos aborascados cambian el modo de pensar.

Tal vez está enferma de duelos, en dos estrofas da entender agonías que crujen del subsuelo hacia arriba. Su desmemoria no es senilidad, todavía se conserva clara, ondulante... Atzin encuentra versos de formato libre que no dejan lugar a dudas, Atl recuerda a los habitantes de ayer y hoy.

*En pie de guerra no encuentran su alimento. Yo vivo con extrañeza de verlos tan enemigos, tan violentos como los que persiguen la derrota. Obedecen la influencia de un mal aire. Cierran sus casas. Como reacción en cadena calientan la corteza cerebral. La culpa de sus crisis de furor siempre es del otro, del al lado o el de enfrente, del que vino de lejos.*

*Cada quien ama-odia a su manera.*

*Si volvieran a la ofrenda, al ritual de los signos visibles para honrar a la naturaleza... si me amaran como antes. Me duele tanto volver la vista atrás. Desconfío de visiones errantes que perturban mi espíritu.*

*Necesito sonidos que llevarme a la boca, tengo sed de palabras silvestres, de aprender voces minerales.*

*Necesito nombrarme de otro modo y que me nombren como a los pájaros desconocidos, con alturas tonales de mar.*

Con dibujos de niños, Atzin quiere ayudar a Atl a desvanecer obsesiones de amnesia que nunca ha padecido. Trazos ingenuos, dulces paisajes hechos por manitas que empiezan a colorear pueden ser paliativos para sus inadvertencias voluntarias. Recordatorios con crayones: mares, fuentes, charcos, peces, lagos...

Nada que evoque las alcantarillas cuando va por las calles despeñada, maloliente, recién salida del drenaje, objeto de ascos, de muecas desdeñosas.

*Nadie podría decir que corro río abajo, trastornos de la edad ralentizan el caudal cadencioso con que solía moverme, apenas puedo ondear con la ayuda del viento.*

*Desde el fondo del pozo llegan ecos y no los reconozco.  
Me juega rudo la memoria.*

Atzin no puede permitir que se ausente a causa del sentimiento de abandono. Si no han sabido corresponder a tanta entrega, es cosa de ellos. Nada saben de su espiritualidad, de su amor por lo bello, de su inmenso deseo de saciar la sed.

*Un bisturí implacable rasga mis mantos, corta la nevadura de una hoja blanca en la que no encuentro sonidos asociables para imprimir el recuento de sus ingratitudes.*

Atl tiene que recorrer el camino del goce que fue su apostolado. Refreshar su memoria con murmullos, gorgoteos, retintines, estrépitos, fragores, ecos, relámpagos, estruendos...

*Algo se filtra por las fisuras de mi ser estepario, algo como el recuerdo de un metalenguaje antes del paraíso. Me duele explorar los yacimientos donde he enterrado los vestigios de un canto rumoroso.*

Atzin se acerca a Atl. Pronuncia palabras en creciente: rocío, gotas, lluvia, ríos, lagos, mares... la vida nació en ti, en mí, en nosotras.

Atzin elige una ristra de frases que digan lo verdadero. Con ellas corporiza el vapor. Exige frescura en su decir.

*No deseo escuchar, olvidé esas palabras hace ya más de un siglo, prefiero consumirme en un suelo abombado por la sequía.*

*No soy inmortal. Con los labios reseco no puedo ni nombrarme. Sólo una vez salta el tigre sobre su presa.*

*Ellos no, se abalanzaron sobre mí por inconsciencia, una y otra vez.*

*Yo puse de mi parte, con aromas de flores, con la fidelidad de un acuarelista engalané el paisaje. Ahora me siento vieja. Aturdida, me acerco a los que me protegen.*

Atzin aprovecha ese indicio de reconciliación. Emite vocablos universales, necesita ubicarla en esta nueva realidad, neutralizar el enojo, la melancolía, esa neurosis que la ha llevado a perder el hilo de la memoria.

Ecurrirá en los árboles y resplandecerá en nubes cargadas de agua.

No por nada las dos son una misma. Atzin prosigue en su meta de flexibilizar la resistencia. Replantea su milenaria concepción de amor que genera vida.

Se unen las dos en el sonido único.





# EL RÍO

— *i* *N* i tan Grande ni tan Bravo, se nos hizo chico y manso!

*Escucho la voz herida, grito que surge desde el silencio como un reto. No me agravia la provocación, años enteros los he oído fanfarronear porque me ven tranquilo. Con arrojo, se avientan al caudal balanceando recónditos temores, saltan de la nostalgia al delirante anhelo de llegar.*

*Cada uno se aventura como puede, no es mi culpa que muchos no alcancen la orilla del sueño.*

*Impredicible, variable es mi naturaleza. Ni yo mismo conozco lo que habrá de estremecerme: vientos huracanados, danzarinas tormentas me desbordan. De tiempo en tiempo, cabeceo y duermo cuajado de estrellas que se reflejan en mis aguas.*

— Se van por libertinas, allá es pura perdición.

Les reprochó su madre sin poder llorar de tan triste que estaba, inconsolable desde que murió su esposo y el rancho se vino abajo, la propiedad se perdió por deudas. Ellas, las bonitas, las riquillas del pueblo, abandonaron sus estudios en la capital. Sin hacer concesiones a la pretensión, se pusieron a trabajar

con las manos. Sin bolsa, ni tacones enfrentaron la época de renunciadas, aguardando el momento de partir.

– Apenas acabé de amortajar a su padre y clarito les vi las intenciones en los ojos. Ya estaría de Dios si se ‘hogan, no es lo mismo nadar aquí en la presa que en un río. Son mujeres, ustedes qué van a saber del norte... Les pueden hacer algo, las pueden secuestrar y volverlas unas libertinas de paga. Es pecado de soberbia que no me escuchen.

Han pasado semanas y la madre con lo mismo, les dice que su padre primero les hubiera cortado las piernas antes de dejarlas ir.

No consiguió convencerlas con su larga letanía, ya no están en edad de vivir encerradas en la pobreza, se asfixian en la habitación donde duermen como lapidadas.

- No se preocupe, nos llevamos nuestros pecados para que usted no cargue culpas ajenas, somos sus hijas, pero ya estamos creciditas.
- Queremos hacer lo que nuestros novios no pudieron por culpa de la muerte.

Se acabó el sermón de la madre cuando fingieron irse a dormir ya convencidas de las razones de Ernestina.

Más tarde, con sigilo, abrieron la ventana a un muchacho vestido de negro. Iba a avisarles en dónde las esperaba el coyote. Fue mejor dejar la casa sin decir adiós a su madre. Les hubiera tapado todas las salidas, las hubiera hecho dudar con sus cantos desafinados de amor al terruño.

Desde hacía un año estuvieron ahorrando para sus gastos. Guardaron cerca de cien mil pesos. Operadoras preparadas, ganaban un poco más que las otras, manejaron máquinas lavadoras, cortadoras, etiquetadoras, de cualquier forma, no iban a pasar de obreras.

Ya no son niñas con los velos de primera comunión en la cabeza. Superada la edad de las ilusiones, los quince años en el templo del Señor del Salitre, pensaban diferente.

Les caló no poder continuar sus estudios. Cuando murió su padre dejaron el bachillerato por la fábrica de dulces. El recuerdo de la voz de sus novios fue el camino por el cual se guiaron.

- Las ramas del guayabo no sirven ni para hacer un barco que nos saque a flote. Seguimos en las mismas, la pobreza con su olor a mezcal no dispensa molestias. De este lado del río uno no es nadie, aquí andamos no más dando golpes de ciego. Ni para qué seguir estudiando. Nos vamos nosotros primero y en cuanto estemos acomodados les mandamos dinero para que nos alcancen.
- Ya verán que nos va bien, los dólares son los dólares.

Las promesas de Jorge y Santiago, incumplidas por culpa de la muerte, les dieron valor para seguir la ruta ya pagada al coyote que dominaba su oficio con astucia de zorro, con voracidad de lobo.

Brenda y Esthela sabían que ese coyote se las hubiera comido con gusto de no ser porque obedecía órdenes del macho alfa de la manada.

Su obligación era llegar con ellas, sanas y salvas hasta el destino donde el dinero tenía aseguradas sus vidas.

Perdieron su convicción para pagar por algo sucio, bajo. Alguien les dijo cómo, cuándo y a quién. Se contactaron por internet con el gringo del negocio redondo, con la ventaja de medio saber el idioma de la tierra prometida.

*De tantas latitudes los he visto llegar... Yo pongo de mi parte para que entiendan el sonoro lenguaje con el que intento adver-*

*tirles del peligro que ofrecen mis redes irrompibles. Al fin y al cabo agua, puedo atraparlos sin querer entre raíces de árboles, entre cargas de materia hostil que me rebasa, entorpece mi paso, hace que fluya lento pero no menos amenazante que cuando, en crecidas, me desbordo por las intermitencias de la lluvia.*

Ya en la frontera, las dos pensaron en Ernestina, su madre, la imaginaban cosiendo vestidos para otras muchachas hechas al molde. Sin tantas ínfulas como sus hijas.

- Afortunadamente mamá no está sola, la tía Elisa le ayuda a sobrellevar la pena de nosotras, las hijas ingratas. La tía le da la razón a su hermana con cariñosa teatralidad. Ella apoyó a sus sobrinas en la decisión de ir al otro lado.
- Se me encoge el estómago de pensar en mi mamá.
- Ni te apures, ya sabe que estamos bien, mañana les volvemos a llamar después del susto.

Muchos miedos, muchos pesares vivieron en dos días de espera para cruzar el río. Hospedadas en un hotelito cercano al albergue de migrantes, escuchaban historias de una realidad cruel, ruda, pavorosa.

Narraciones como ésta eran cotidianas... El balaceado hablaba desde la carne viva de sus heridas, ansiaba estar en el agua con ellos, con su esposa y sus dos hijos ahogados en ese río torvo, traicionero.

Herido y todo, alcanzó la otra orilla sin su familia, pasó la *border line*. Pisó tierra ajena con coraje, con un brillo febril en los ojos, con la boca suelta por la pena, empecinado en gritar insultos a todo pulmón.

Molesto por los alaridos de dolor, uno de los patrulleros americanos extendió una rama para no tocar al moribundo, y con fuerza lo empujó hasta las aguas del río.

Los demás compañeros de viaje lo habían dejado solo.

Como conejos encandilados por reflectores y linternas, se lanzaron al caudal de regreso a su país.

A Brenda y a Esthela se les agrandaron los ojos de ver tanto, se les perforaron los oídos con el batir de alas de la muerte que bisbiseaba en la desesperación de los latinos alojados en la jaula común, entusiasmados con el momento de saltar al vacío.

No es lo mismo observar las imágenes que muestran los medios de comunicación, ni es lo mismo leer las noticias en un periódico, que vivirlas.

En los diarios publican apenas unos párrafos acerca de gente humilde que fallece de formas crueles.

Lo de sus novios no fue tan distinto. Murieron asaltados en la frontera, arrojaron sus cadáveres al río, nadie supo nada; cuando flotaron, regresaron los cuerpos a Calvillo.

Ellas tuvieron el consuelo de cumplir el ritual de despedida. Un sacerdote les puso los santos óleos, escogieron ataúdes finos que pagaron entre las dos, los velaron con respeto, la funeraria olía a jardín de tanta flor. Se ofició una misa concelebrada, contrataron un cuarteto de cuerdas que las acompañó al cementerio.

*Hinchados, blanquecinos, devuelvo los cadáveres.*

*Al mundo de la carne regreso lo que le pertenece. Me quedo con sus lágrimas, con el sudor que no llegó a su frente en los campos de algodón, me guardo las remesas de su sangre.*

*No de polvo, sino de agua son.*

Las chicas fueron al albergue, ofrecieron su ayuda a las monjas para servir comida a los migrantes. Inclinaron la cabeza para rezar con ellos, por ellos, por ellas, después de todo, forman parte de ese grupo que sobrevuela las ciudades grises con la misma obsesión: ganar dólares en el exilio.

La camaradería entre el contingente de migrantes rebosa peligro.

*Para qué describir los vicios, los delitos instalados como rutina inexorable. He visto tanto, tanto... Campean por las calles con aires violentos de indefinible origen, La furia une los destinos con un lazo que aprieta la garganta: escupen rabia, unos a otros se matan movidos por un odio cargado de sentidos ocultos.*

*Marionetas, objetos con valor de cambio, piezas fuera del juego desde que nacen hasta que dejan de existir...*

Las dos soportaron la reprimenda del coyote por haber ido a mezclarse con los del albergue. Hay resentimientos hacia los que pueden pagar por la lancha.

– Ni salgan a la calle, relucen entre las mujeres de aquí.

No necesitaban escuchar ni las lisonjas ni los consejos de ese hombre, asqueadas estaban de él.

Decidieron no volver a salir, les horrorizó ver que la inocencia de las muchachas era mercancía barata, mejor no presenciar lo imposible de resolver.

Brenda y Esthela aún tenían remordimiento por colaborar con su pago con los que traficaban con personas. No encontraron otra forma para llegar hasta Houston.

Esa noche salieron por un lugar poco vigilado, donde el río se bifurca y se puede pasar a pie sin dejar de tocar fondo, pero ellas contrataron una lancha para evitar que el empuje de la corriente les impidiera avanzar.

Del otro lado las esperaba un americano en una camioneta lujosa que no despertaría sospechas.

Meses después, la madre y la tía reciben la primera remesa, Brenda y Esthela combinan la confección de prendas de vestir con la elaboración de dulces artesanales. Los mexicoamericanos comen delicias de guayaba como si fueran hostias de su tierra. En rollos de pulpa con nuez se encierran las caricias de la mujer lejana. Los cascos en almíbar rebosan el aroma que señala el camino de regreso a una casa propia, con carro a la puerta, buena ropa para los chamacos... El fin de la aventura concluirá en años, desde la tierra extraña hasta la cuna del niño que ya crece y habla.

Las calvillenses prosperan en tierra ajena, reparten bocados de recuerdos a sus compatriotas. Venden sueños, no el *American Dream*, el Sueño Mexicano que forcejea en el pecho, que se agita furioso, se sumerge, se sosiega en las aguas del río como se calma una tempestad.

Las lágrimas se mezclan con alcohol de caña, guayabas grandes, canela, agua, azúcar. Licor que se bebe en un cáliz cuando entre dos orillas cierra la noche.





# MENÚ DE BODAS

*C*uatro pétalos rojos, dos filamentos de raíces y una copa de vino espumoso...

Bebes un poco de la pócima. Has pasado horas y horas en consagrar el fino espejo que absorbe energías y rechaza encantamientos negativos como un escudo impenetrable.

Caminas de un lado a otro por el salón diseñado por la señora Torralba para realizar hechizos con los espejos que visten los muros.

A media mañana, el irrecuperable tiempo te sorprende sin bañar, sin vestir...

*Whisky*, tequila, *vodka*, margaritas, martinis, *baileys*, mojitos, oporto, *cognac*, *champagne*... ¡Mhmmh! Hay calorcito de sobra en esta recepción. El coordinador de bodas eligió bien las bebidas y los *open-bar* están en puntos estratégicos. Se preparan sorpresas para la apertura de baile. Los *bartenders* harán un *show*: juegos de botellas, copas, música y luces de fondo. El coordinador hizo bien su trabajo, espero que el mío salga excelente.

Serán fotografías y textos para un álbum digital de lujo, estilo clásico, encuadernado con piel repujada y oro laminado.

Con la lente ofrecí captar los momentos inolvidables del evento. El arquitecto Torralba quiere algo artístico para su álbum nupcial. Una narración gráfica de la boda del año. El novio rechazó el vídeo porque detesta el caos en las escenas: ruido, voces, música... prefirió el toque del arte. La cámara debe hacer un homenaje a la fiesta perfecta. Necesito potenciar mi intuición como reportera y mi habilidad con la cámara. Pienso entreverar pequeñas frases alusivas al momento visual. Tengo que acoplar suavemente los múltiples detalles de la decoración con la naturaleza expresiva de las personas. Recrear la atmósfera emocional sugerida por los novios, los invitados y este exuberante mar de tulipanes blancos.

“Arreglos de tulipán en sesenta mesas para doce personas”. “Menú impreso en dos páginas satinadas sobre atril de papel opaco etcétera, etcétera.”

Casi terminé la lista de la decoración. ¡Vaya! Esta nobleza contemporánea sabe cómo gastar el dinero. El ambiente de esta clase de fiestas no es lo mío, pero con lo que me van a pagar alcanza para mis viajes.

Ni modo, lo veré de manera positiva, formo parte del glamur del festejo, si no hubiera ganado el premio al mejor reportaje gráfico, el arquitecto ni sabría quién soy. Se enteró de mi existencia y me contrató por el galardón que acabo de recibir. Voy a ir ajustando la cámara, en este ángulo, será mejor luz en pequeñas dosis.

*Velas lavanda y jazmín, aromas que se perciben con todos los sentidos.*

Esperas que el aroma inunde el salón, mientras relees el horóscopo escrito exclusivamente para ti por una amiga astróloga... de sobra lo sabes, el amor verdadero no está escrito en las constelaciones, se sostiene en lo terrenal, se alimenta de fuego, de reflejos de intensidad emanados de la piel que reconoces en la oscuridad. Por nada del mundo dejarías a ese hombre

apasionado, impredecible en lo externo y en la intimidad. Te enseñó a admirar tu propia belleza, a rendirle culto a tu cuerpo frágil de mujer exótica como el cuerpo de tu animal favorito. De graciosas proporciones las dos, deportistas de carrera rápida y admirables saltos. La bautizaste Gacela, su propio nombre es eufónico. La cervatilla que tienen en el zoológico privado de la mansión de los Torralba, tímida e inofensiva, se identifica contigo. Tanto se han compenetrado tú y esa dulce compañera que llegó de las llanuras africanas, que comparten alimento. La hermosa rumiante desaparece de un lengüetazo cualquier platillo vegetariano hecho para ti por el chef de los Torralba.

“Vegetales glaseados y caviar de salmón rojo sobre bouquet de lechugas”.

Ya sirvieron el plato de entrada y no estoy satisfecha con las fotografías que tomé a la llegada de los novios. El Arquitecto Torralba fue muy conciso en las indicaciones. Me hubiera gustado tener más contacto con la novia, entrevistarla, observar sus gestos y reacciones, pero la chica llegó de México hace apenas dos semanas, la vi un par de veces sin mucho éxito en mis pesquisas. Está muy joven, tiene diez y ocho años, luce de quince.

Al arquitecto Torralba tampoco lo traté lo suficiente, es muy hermético, se limita a dar órdenes con aire distraído, como si no fuera el novio. Parece una boda medieval, de aquellas que se arreglaban para unir familias poderosas.

El encuadre de las fotografías está bien, hay simetría en los planos y los elementos tienen el mismo peso visual... el problema está en la pareja. Ni cómo ponerme romántica en este trabajo, la novia tiene las pupilas apagadas y el hombre es un témpano.

Creo que por el momento voy a centrar mi atención en las variantes con las que cuento, los invitados empiezan a animarse y el arte culinario se puede aprovechar para dar juego visual. El colorido del segundo tiempo está hermoso. Se ve deliciosa

la crema de zanahoria y espinaca en bicolor, con un corazón al centro, hecho con granada.

También daré un vistazo a las conversaciones de los invitados.

#### Mesa 28

- ¡Guau! ¡Qué Música!
- Es una adaptación para violines del *Concierto de Aranjuez*.
- Mi compadre contrató cincuenta violines de diferentes sinfónicas.
- Además trajo dos orquestas del D. F. de lo mejor.
- ¿Qué la fiesta de bodas no la pagan los papás de la novia?
- No en este caso, los papás de la novia están arruinados por deudas y el arquitecto no lo permitiría.
- ¡Shshs! No seas indiscreta.
- No vaya a oír alguno de los invitados, las paredes oyen.

La concurrencia inicia una cascada de conversaciones de lo más diverso. Empiezo a sentir una leve inquietud. Lo de las fotografías no me preocupa tanto. No debo desanimarme, también en lo trivial hay armonía.

*La belleza del reflejo será propicia para la invocación del espíritu celeste que da hermosura sin igual a las mujeres.*

Te pones de pie frente al espejo del sol. Sientes la simetría de tu cuerpo al usar la prenda hecha con encajes y seda especial para el atuendo de boda.

#### Mesa 31

- ¡De fiestas cómo ésta se habla durante todo el año!
- A propósito de matrimonios ¿Qué les parecen las últimas noticias en los medios. El tema es polémico.
- Me perdonas, pero en esta ciudad clérigos y laicos están de acuerdo en el asunto de las bodas gay, la mayoría no quiere esos teatritos.
- Pero lo que se pide es matrimonio civil.

- No más faltaba que quieran profanar el templo, es una aberración, el matrimonio es un sacramento, algo sagrado.
- El arquitecto Torralba ya se había casado hace muchos años; con Caro Fantin estaba unido por la ley de Dios en matrimonio religioso.
- Sí, pero la iglesia le dio la anulación.
- *With Money...*
- Cállate, Chicano.
- No lo calles, el chisme está sabrosón, además no se puede generalizar, hay de todo.

#### Mesa 59

- Para mi gusto, la novia está exageradamente delgada. ¡Anatomía la de la mamá del novio!
- Está cirugiada de pies a cabeza.
- No critiques, a ti también ya te metieron cuchillito. Lo echaste a perder porque no te cosieron la boca.
- Yo me puse a dieta tres meses para caber en este vestido.
- ¡Qué dieta ni qué nada! ¿Ya vieron el siguiente platillo? ¡Todo está perfectamente organizado, no te quedas un minuto con el plato vacío.
- Tienen un ejército de meseros.
- ¡Mhmmh! El platillo es mar y tierra: pétalos de filete de res con salsa de tamarindo y cola de langosta cocinada al rojo vivo.

#### *Sumergir el corazón de diamantes en agua perfumada con esencia de jazmín...*

Las joyas que él te regaló han sido como un talismán donde guardas promesas de amor recibidas durante la marea de la pasión.

Prosigues el ritual de atadura completa siguiendo las instrucciones del libro de magia. En el grimorio dice que el rito se continúa poniendo una mesa ovalada cubierta con manteles blancos, dos copas de cristal y una aromática botella de vino tinto del Duero.

Mesa 20

- Estamos de lujo, es un vino muy caro.
- A ver, tú, que eres el *sommelier* de la mesa, descríbenos las cualidades de este elixir de los dioses.
- Tiene toques tostados de madera con notas avellanadas, entre seco y ligeramente dulce...
- Mi padre tenía viñedos en la ribera del Duero, un tiempo fue socio de los productores de este vino.
- Es una lástima que mi tío no viviera para ver la boda de su hijo menor, estaría tan contento.
- Antes de que falleciera mi tío José, íbamos a Castilla y nos hacía un recorrido enológico fenomenal.
- ¡Ay, era un señor tan lindo, honorable y generoso, ¿de qué murió?

Mesa 48

- Tengo en la memoria sus rasgos finos, a su edad era un hombre guapo. La muerte se apiadó de él. Don José falleció en su cama de un infarto fulminante.
- Ésa fue la versión oficial, realmente nunca se supo cómo, ni quién, ni en dónde pasó.
- Dicen que le dieron un balazo.
- El que debe saber la verdad es el fortachón de aquella mesa, andaba siempre con don José como guardaespaldas. Es primo de ellos, casi toda la familia trabaja para los Torralba.

Mesa 18

- ¿Cuántos hijos tuvo mi tío José?
- De la primera esposa, que en paz descansa, tuvo ocho y de la segunda, seis.
- El arquitecto es de la segunda, ¿verdad?
- Oiga tío, yo no conozco a todos los Torralba, sólo a algunos, pero como que no me salen las cuentas.

- Cómo te van a salir, tenía la esposa y otra mujer al mismo tiempo, por eso los hijos son casi de las mismas edades.
- Yo sí conozco a todos los hijos, se parecen mucho entre los de una familia y otra.
- Pues su viuda y la otra eran hermanas, la mayor y la menor, de la misma mata cortó las flores.

*La pócima se vierte en el agua pronunciando estas palabras: Usorem indica mihi ancille...*

Cierras los ojos, respiras profundamente repetidas veces, te está costando trabajo unificar el pensamiento, divaga, vuela hacia donde imaginas a tu prometido con la mirada fija en el horizonte, aparentemente ajeno a lo que ocurre a su alrededor, pero no se le escapa nada.

Narrar el álbum va a costar más trabajo de lo que pensaba.

Mesa 56

- Lo que se dice de ella está cañón.
- ¿De cuál?
- De la que está casi en la orilla de la pista, se carga una reputación remendada con trapos de marca.
- La del vestido negro untadito, la de los ojos color agua, la de las bubis triunfales.
- ¡Uy! ¿Estás enamorado de ella o qué?

Mesa 37

- Sea lo que sea, hay personas muy selectas en esta boda.
- Mira, aquel señor alto y pelirrojo que está en la mesa de atrás, es muy famoso aquí, fundó una gran empresa en la ciudad para su beneficio.
- A ver, como que no te entendí, beneficio para la ciudad o...
- ¡Ah, cómo son criticones!, ¿pues no que los hombres no tiene ese feo vicio?

Mesa 45

- Yo nunca me he dado un pasón, me echo un toquecillo y ya.
- ¿Qué se siente?
- Te llega un relax de poca y después sientes una energía tremenda.

Mesa 60

- En las clases de yoga te enseñan a relajarte y en el gimnasio te pones durita, por eso las chicas de hoy tienen esos cuerpazos.
- A sus setenta y tantos años la mamá del novio se conserva muy delgada y derecha. ¿Pero qué tal la cara?
- Además de yoga, dicen que practica la nigromancia para comunicarse con su difunto marido.
- Ya está transparente de tanta restirada.
- Yo la acabo de ver en el baño, de cerca se ve peor de acartonada.

Con énfasis en la profundidad de campo, espero captar la belleza de la novia, tan joven y bonita, hasta el novio más frío se pondría fogoso, pero este hombre ni se tibia.

- ¡Beso, beso!
- ¿Cuándo le cambiará la cara a ese señor? Debería estar derritiendo los labios de su esposa.

*Ámbar afrodisiaco, coral pulverizado y polvos de imán, se colocan en un saquito de seda azul para usarse como talismán colgado al cuello.*

Cierras los ojos, evocas de su rostro, la sonrisa enigmática que nunca supiste interpretar. Recordando a tu amado, brindas por él mientras escuchas la melodía que bailaron juntos en la suite del hotel-velero más caro del mundo. De siete noches que pasaron allá, tres fueron para ti. En la primera, cenaron rodeados de corales y peces. En la segunda, con ambientación de coloridas lá-



minas futuristas. En la tercera, en un lugar de altura asombrosa, te regaló un anillo con estrella de diamante. Después se dedicó a los negocios.

### Mesa 33

- La novia se ve como ida, lejana, triste.
- Los papás la obligaron a casarse. Mi hija la conoce, ella está enamorada de un muchacho de la UNAM.
- ¿De un chilango?

### Mesa 34

- Acuérdate que mi hija está casada con un defeño, así que ni empieces.
- No te ofendas, en todo hay niveles.
- También allá hay gente fina, lo malo fue la invasión masiva después el temblor del ochenta y cinco, se vinieron a revolver a estas benditas tierras.

### Mesa 31

- ¿Supieron que se inundó buena parte de las calles de aquí?
- Si llueve, porque llueve y si no llueve, nos va peor.
- Fueron muchos años de sequía, el agua se estanca y tarda en resumirse, gran parte se evapora porque el campo está hecho una losa, por eso todo se encarece.
- Ya bájénle a sus quejas, les aseguro que sobrevivirán a las tormentas y a las sequías. Supongo que eso afecta a ranchos como los de los Torralba, sobre todo a los de allá por el norte, ellos sí tienen buenos cultivos.

### Mesa 26

- “Amapola, lindísima amapola, no seas tan ingrata y ámame”...
- La letra de esa canción es muy romántica, esas no pasan de moda.

- Sí, bonitas las de antes.
- No es cierto, ahora también hay muy buenas canciones, a mí me encantan las de Shakira, Celine Dione...
- A mí las de Madonna, ¿qué tal la letra de *Like a Prayer*.
- No me vengas con gringaderas, yo prefiero la voz áspera de Ana Gabriel.
- Es porque no entiendes el inglés.

### Mesa 43

- Mi hijo trabaja para una transnacional, el inglés y la computación son indispensables, los que no saben esto hoy en día, pueden considerarse analfabetos. Ya todo mundo habla inglés.
- ¿Pues en qué país vives? En México todavía hay una gran cifra de analfabetismo, ésa es una deuda social, un problema de educación ¿Sabes cuánta deserción hay a nivel primaria y secundaria? En el mejor de los casos, muchos niños y jóvenes se van a trabajar, y en el peor, a la calle, a la nada. La realidad que tú percibes es un espejismo.

*Con tres nudos en pañuelo de seda te ataré, con gotas de mi propia sangre te empaparé...*

Esas palabras exigen fuerza, mayor intensidad que las metáforas de un poema. El hechizo requiere que repitas frases apasionadas mientras punzas tu anular con una guja.

Suplicas que él escuche, que fuerzas invisibles lo atraigan hacia a ti.

¿Turbación en su rostro de roca? Es extrañísimo, ¿habrá bebido de más? No lo creo, he estado observando a la pareja casi todo el tiempo, excepto cuando ando recorriendo las mesas para tomar fotos y grabar las conversaciones, pero no les quito el ojo de encima desde que nuevamente comenzaron a tocar los violines y anunciaron el corte del pastel de bodas.

### Mesa 7

- Está divino. La cubierta es de *fondant*, con ese betún puedes hacer maravillas.
- Pensaron hasta en el más mínimo detalle: no hay nadie de pie en el jardín, la mesa del pastel y la de postres emergieron en la pista como por arte de magia.
- El colorido es una fantasía.

Hay algo teatral en esta boda perfecta, los rasgos faciales del novio están cada vez más rígidos.

*Talismán imantado, que el hombre amado venga aquí.*

Dudas... no deberías hacerlo para no restar eficacia al hechizo prodigioso.

### Mesa 3

- El pastel y la distribución de los postres en miniatura son como una maqueta de la fuente del hotel Burj Al Arab, mi hermano lo ha visitado varias veces.
- El arquitecto es un artista.
- ¿A poco él se encargó de eso?
- El supervisó todo, es meticuloso en exceso.

Pobre chica ¿Qué le pasará? en vez de bailar parece que se apoya en el novio para no caer.

El arquitecto se está llevando las palmas en derroches, a ese hombre nomás le falta la inmortalidad para sentirse dios. El espectáculo de los *bartenders* acompaña el baile. La gente está bien prendida.

*Seda, te frotaré en mi pecho, tocarás el corazón del amado, que no encuentre paz ni descanso.*

No percibes el color de sus ojos en el agua burbujeante.

Los comensales se entusiasman al ver el espectáculo de luces. Cascadas de colores, esferas y un conjunto de brillantes formas geométricas iluminan el cielo justo al principio de la noche. Exclamaciones, aplausos, brindis espontáneos acompañan el espectáculo audiovisual.

Los fotógrafo eufóricos, envueltos en esta pirotecnia de fábula. Aprovecho para poner distancia entre el marco de la fiesta y mis objetivos. Los novios están en un buen ángulo respecto a la lluvia de astros artificiales. Tengo más de cincuenta imágenes que captan la naturaleza fluida de la luz. La novia no acaba de encajar en el disfraz del vestido. Con trucos de edición tendré que suplir el vacío de su rostro, su sonrisa no es ni siquiera de cortesía para los invitados, es un esbozo de soledad.

*Se pedirá protección a los espíritus.*

En una sola de tus lágrimas cabría el mar.

Me siento un poco mareada por las luces y el ruido, ya casi terminan los juegos pirotécnicos. Me acerco al área de la fiesta, continúan los brindis, las discusiones en las que todos tienen razón. Bromas, chistes... el estilete de la palabra, hundido entre pecho y espalda.

Las orquestas irrumpen con melodías retro contemporizando a Ray Coniff con éxitos de Frank Sinatra alternados... Aquellos ojos verdes, New York, New York. Casi todos los adultos bailan, la mayoría de los jóvenes bebe... El novio, imperturbable, esboza una leve sonrisa en tanto atraviesa el jardín.

Mesa 1

- ¿A dónde irá mi hermano a esta hora?
- A lo mejor se fue a cambiar.
- ¡Mira! La novia va detrás de él y ni se ha fijado.

No sé si será oportuno alcanzarlos, me gustaría pedirles unos momentos a solas para fotografías más íntimas, el atardecer está espléndido.

Mesa 1

- ¡Lic. Torralba, el arquitecto va rumbo al salón de espejos!
- Rápido, pero con discreción, trae para acá a Joaquín y a Octavio.
- Quiero que me acompañen a ver qué pasa con mi hermano.

Este incendio en el cielo dará un marco increíble a las fotografías de los novios, si es que puedo convencerlos, ni van caminando juntos.

*En un retrato estarán los nombres de los amantes anudados con hilos de lana blancos y rojos.*

Sales del salón de los espejos con la foto en la mano. Das unos cuantos pasos hasta llegar al lago artificial de la mansión, el agua transparente refleja tu imagen vestida de novia. El ulular del viento es como un canto de mar, te seduce, te llama.

Te colocas justo a la orilla del lago... desatas los siete nudos. Tu mano no tiembla.

¿Y eso qué fue? Mejor me oculto detrás de este árbol desde donde puedo ver lo que está ocurriendo.

El arquitecto está un poco sofocado al llegar al lago, la esposa se detiene al ver que su marido se arroja al agua sin pensarlo. Al salir, sostiene a una hermosa mujer vestida de novia, con el rostro sangrante.

En ese momento, llegan el Lic. Torralba y los dos guardaespaldas.

- ¡Fue un disparo!
- ¡Aquí no ha pasado nada!

Me quedo inmóvil, soporto sin desfallecer la escena que estoy presenciando, no deben verme por aquí, tengo miedo, ojalá nadie me descubra.

En cuanto pueda regreso al jardín, voy a terminar mi trabajo, se lo entregaré a la mayor brevedad para que no sospeche que soy testigo de esta tragedia.

Son dos, una está muerta y la otra más muerta que viva.

# PUERTECITO DE LA VIRGEN

**P**uertecito de la Virgen, Amapolas del Río, Arroyo Del Pajarito... los nombres son bonitos, pero ahondaron la herida umbilical que se me agrandó a fuerza de estirar, de querer irme y no poder dar un tajo al cordón anudado en el cuello a punto de la asfixia. En estos lugares nací, crecí...

Por la insistencia de ir a la capital del estado a vivir con una tía y a estudiar canto, forcejeé con mi padre todo el tiempo, hasta quiso sacarme de la preparatoria y ponerme a trabajar en la ladrillera donde él se gana la vida hecho polvo antes de morir con el cuerpo salpicado de esa mezcla de estiércol y lodo del arroyo con la que hacen ladrillos para las residencias. En la casa de mi padre los tabiques no alcanzaron para más de dos cuartos, al techo le puso unas láminas de zinc que le regalaron durante una campaña y otras de cartón que él compró.

La lucha con mi padre fue ardua, me resistía a ser mujer de veras como lo fue mi madre, ella trabajaba en un taller de costura y atendía la casa, los hijos...

A mí no me gustaba coser, tejer, ni cocinar.

Mi padre terco y yo porfiada, nomás no nos entendíamos. Desde que mi madre murió y él quedó a cargo de dos adolescentes, mi porvenir se le volvió un enredo sin pies ni cabeza. El futuro de mi hermano Manuel estaba claro: sacarlo de estu-

diar y que continuara por la misma ruta lodosa que mi padre transitó desde la juventud.

El trabajo en la ladrillera no era para Manuel, pronto acabó, le dieron un ladrillazo en una riña, peleó por nada, por pobreza, por irritación espontánea, por una mirada desafiante de su rival que padecía los mismos males.

La cabeza se les calentó al mencionar el nombre de una muchacha que les gustaba a los dos, no era novia de ninguno, estaba comprometida con otro.

La herida en la cabeza fue de muerte, los compañeros llevaron a mi hermano al hospital, no hubo remedio.

- Podría cobrarle caro a tu muchacho la vida de mi hijo... no quiero, la policía se hará cargo de él.

Dijo mi padre al señor enmudecido que estaba en un rincón de la casa donde velamos a Manuel.

Se alejó del padre del agresor de su hijo, con una mirada indefinible, pensando en la desgracia como en un destino común... él mismo padeció los males que vuelven rijoso al más calmado. Mi padre, en su juventud, también peleó por agobio, estuvo a punto de ahogar a un compañero de la ladrillera en el arroyo Los Pajaritos, la suerte lo libró de deber una vida.

- Don Nicolás, échese un traguito pa' que aguante la tristeza.

No se negó, bebió mezcal hasta que se llegó la hora de la misa. Nos dirigimos a la parroquia acompañados de un grupo de gente que rezaba y cantaba en voz baja, algunas voces desafiaban por el alcohol.

El templo adornado con flores acogió el modesto féretro de mi hermano. Me sentí tan triste, ya no podría dar a Manuel los abrazos sorpresa que lo hacían enojar por ser cosa de mujeres andar con arrumacos, me divertían sus reniegos y más lo abrazaba.



Al Cristo del altar, a la imagen de la Virgen del Refugio de Pecadores, ofreció mi padre el cuerpo de su hijo dignificado por no pertenecer ya a este mundo.

La vida siguió su curso, la tristeza se sobrellevaba en andas junto con el ánimo.

No se desmoronó, mi padre era como la gente de antes, sumiso ante la voluntad de Dios.

En señal de respeto a mi hermano recogió todas sus pertenencias y las guardó en un baúl.

No le dije nada al principio para no lastimarlo, sabía que no iba estar de acuerdo conmigo en el sueño-proyecto que incluía honrar el talento de Manuel. Mi hermano yo planeábamos ahorrar dinero para después irnos a Aguascalientes a estudiar música formalmente, los dos tomábamos clases en el templo de Puertecito, pero necesitábamos más para realizar nuestro sueño. La muerte de mi madre no nos quitó la idea de la cabeza, al contrario, la reforzó porque ella nos apoyaba en todo y deseaba que cumpliéramos nuestro anhelo.

Aunque mi padre seguía en su postura de necedad conmigo, las fuerzas para luchar con encono disminuyeron por la pena.

Le gané varias batallas, continué estudiando la preparatoria. En mis horas libres entré a trabajar a la casa de las artesanías para caballo, me gustaba ayudar a hacer bozales, lazos de algodón o ixtle. Para las cuartas usábamos patas de venado y de borrego.

– ¡Ah, qué muchacha! Deberías estar friendo papas y churritos de harina –dijo mi padre.

Su voz era poco convincente, le agradaba mi trabajo y se asombraba de que se lo hubieran dado a una mujer. También yo disfrutaba la labor artesanal, pero mi mente estaba puesta en el proyecto. Un día con otro abordé el tema con él.

- Papá, necesito que me dé los escritos de mi hermano, quiero hacer algo con ellos. Yo voy a terminar lo que dejamos empezado, no se le olvide que esos trabajos también son míos.
- Ni lo pienses, eso se fue con Manuel.
- Papá, quiero tenerlos, los necesito, no es justo que se pierdan por su culpa.

Tozudo como era, no iba a ser fácil, pero a pesar de su negativa, yo tenía la intuición de que ya no estaba tan reacio, lo descubrí en su rostro, pensé que hasta llegó a sentir remordimiento desde que murió Manuel, porque no nos dejó hacer esas payasadas y con eso le quitó a mi hermano una gran ilusión compartida conmigo.

Nuestro proyecto era cosa de sueños de adolescentes, pero siempre he creído que para que algo se cumpla, primero hay que acariciar los planes con la imaginación, ilusionarse, pensar que es posible y trabajar para realizar lo soñado con la esperanza como lámpara encendida.

Abordé el tema con mi padre tres o cuatro veces más, pero ante su reiterada negativa, decidí sacar los escritos del baúl sin permiso. Presentí que él también quería darle gusto a mi hermano aunque fuera después de su muerte, por eso dejaba la llave en su pantalón al ir a dormir. Conociéndome, sabía que mi impaciencia pronto me conduciría a esa opción. Como lo planeé, lo hice.

Esa misma noche alrededor de la doce, cogí la llave y saqué los escritos. Dejé todo en su lugar de modo que si mi padre abría el baúl, a simple vista no los echara de menos, confié en que desde el día del funeral de Manuel, nunca lo vi acercarse al baúl para nada. Dolía lo que guardaba ahí.

Al día siguiente pasé las horas libres y parte de la noche revisando las canciones, mi hermano era un trovador innato, se le daba la poesía en sus letras; él decía lo mismo de mí, a los dos nos gustó siempre componer, cantar y tocar la guitarra, ser cantautores era un ideal compartido.

Las sesiones con Antonio, un amigo a quien Manuel y yo habíamos invitado a participar en el proyecto, se hicieron semanalmente, los martes ensayábamos y afinábamos detalles para las presentaciones.

Nos llevó un año tener material disponible para ofrecerlo a empresas, tiendas grandes y oficinas públicas.

Imprimimos volantes con fragmentos de la letra de la canción *Puertecito de la Virgen*, la había compuesto Manuel, mencionaba lo que evoca un puerto sin playa, casi sin agua, hablaba de migraciones y obreros.

Afortunadamente el personal del municipio creyó en nuestro proyecto y nos dio la primera oportunidad de cantar en un área pública.

Aceptaron pagarnos la módica cantidad que cobramos, puesto que el proyecto implicaba ahorrar dinero para continuar los estudios.

La presentación fue muy satisfactoria, a medida que cantábamos fue llegando más gente, teníamos preparados comentarios y pensamientos sobre Puertecito, también intercalamos canciones de amor de otros autores. Estuvo variado el programa. El paisaje nos dio ideas para letras melancólicas, se reflejaron las calles soleadas y un crepúsculo de óleos y acuarelas.

Las canciones *Arroyo del Pajarito* y la del poblado cercano, *Amapolas del Río*, se complementaron con la de *Puertecito*. El río, el arroyo, el agua, añoranzas de caídas cristalinas y corrientes rumorosas. Los nombres son tan poéticos que nada más les pusimos letra.

Al terminar el concierto se aproximaron a nosotros dos pequeños empresarios que ofrecieron contratarnos para una fecha cada uno. Antonio y yo nos vimos con alegría.

El terruño engendra idilios, no es lo mismo escuchar una canción de cualquier tema que seguir las imágenes de los pai-

sajes entrañables, reconocer el árbol, la humilde vivienda, el rostro colectivo, el ave que canta...

En esos instantes pensaba en mi padre. Antes de bajar del estrado alcancé a ver su figura: delgado, alto, de rostro enjuto, arrugado por el contacto con la tierra. Me estremecí al no poder prever su reacción.

Bajé para dirigirme a él, sus ojos parecían hogueras húmedas, no me dijo una sola palabra, sólo besó mi frente y dio la vuelta rumbo al hogar.

# LA INUNDACIÓN

**P**odría ser la luna brillante, el sol cubierto de nubecillas, la tierra fértil que respondía con generosidad a los cultivos, el caso es que queríamos a nuestro pueblo entrañablemente, por eso nos dolió tanto cuando dijeron que no teníamos otra opción: dismantelar nuestras casas, dejar nuestro hogar en aras del progreso que no nos tocó a los habitantes de San José de Gracia. Al principio ni lo creíamos, pensábamos que era cosa de rumores infundados, pero no, rápido nos convencieron, iban en serio y aunque la resignación tardó en llegar, tuvimos que dejar todo, hasta una parte de nuestro corazón quedaba ahí a cambio de nada.

Para mí fue muy triste, me iban a festejar mis quince a principios del año entrante. No se pudo, se nos fueron los meses en buscar casa en Aguascalientes y cambiar nuestras pertenencias.

Ya teníamos elegidas las cosas para la fiesta: mesas, sillas, cubiertos y el mariachi para el vals. Estábamos haciendo unos adornos para el patio de la casa grande.

No iba a haber ceremonia en el templo porque estaba cerrado por el conflicto cristero, pero en la misma casa, a escondidas, un padre me iba a oficiar la misa y a darme la comunión.

El día de mi cumpleaños ya no vi ni la torre del templo, quedó sumergido en la presa. Era difícil de aceptar que la inunda-

ción dejara el pueblo sepultado bajo el agua: casas grandes y chicas, las huertas con sus frutos y flores...

Mi abuela Clarisa fue la más afectada, sentía que sus raíces se perdieron en la inundación, sus padres, su esposo y dos de sus hermanos estaban enterrados en el cementerio local. Ya no podría ir a rezarles semana tras semana. Desde que nos dieron la mala noticia, mi abuela comenzó a tener olvidos aunados a una melancolía insalvable.

Cuando se completó la inundación de la presa, ella recordó que el alhajero con sus joyas y el anillo que me iba a regalar para mis quince, se quedaron en la cajita de madera empotrada en la pared de su casa.

El anillo era lo más valioso en cuestión monetaria y afectiva, se conservaba desde la quinta generación precedente a mi abuela, se heredaba a la primera nieta que cumplía quince años en cada generación.

Me tocaba a mí, yo ni sabía la sorpresa que me tenía preparada.

Con lágrimas en los ojos, la abuela me contó la tradición de las mujeres de su familia. Esperaba con ilusión el día de entregarme el anillo.

La culpa y la decepción la entristecieron más cada día. Comenzó a comer poco, a hablar menos y a no tener más que reproches para ella misma por haber perdido las joyas heredadas de sus antepasados. Todos tratábamos de animarla, de nada valía, se fue apagando... sin que nosotros advirtiéramos algún síntoma, le dio un infarto, murió apaciblemente como había vivido. La extrañábamos mucho, yo la soñaba muy seguido y me costaba trabajo pensar que ya no estaría cerca de mí. Mis padres trataban de consolarme:

- Hazte a la idea, hija, ella está con tu abuelo, recuerda que fueron un matrimonio ejemplar, tu abue sufría mucho lejos de él.

Mis hermanos también me distraían con diversiones, ellos convencieron a mis papás de ir un día a ver como quedó la monumental obra hidráulica, mis padres, como muchos josefinos, se resistían a volver al lugar donde se sepultó el pueblo.

Fue mucho asombro ver la presa colmada de agua, realmente nos impresionó la cortina de concreto y las dimensiones de esa obra que se comió todo el pueblo.

Encariñados como estábamos con esos lugares, poco a poco nos fuimos reconciliando con el llamado primer distrito de riego. Comenzamos a ir de día de campo, por lo menos cada dos semanas. De tanto ver la presa hasta el miedo perdimos, nos metíamos a nadar, a jugar voleibol en el agua y a hacer cuanta cabriola se nos ocurría. Teníamos la esperanza de que papá nos comprara una lanchita para pasear.

Ese domingo llegamos temprano, habíamos desayunado a buena hora para poder entrar al agua y nadar a gusto. Como a las dos de la tarde se vieron los primeros relámpagos; me encontraba un poco retirada de la orilla, pero alcancé a ver a mis padres haciendo señas para que nos saliéramos de inmediato. Empezó a llover justo cuando di la vuelta para regresar. De pronto, una corriente fría me arrastró aguas abajo. Luché desesperadamente por emerger, pero la corriente era muy fuerte... es lo último que recuerdo.

No supe cuánto tiempo pasó entre un acontecimiento y otro. Vagamente me acuerdo que después de la tormenta iba yo caminando por la orilla de la presa, me sentía bien, casi podría decir contenta.

A lo lejos vi un grupo de personas, brindando primeros auxilios a alguien. Mi familia estaba ahí, temí por alguno de mis dos hermanos y apresuré el paso.

De pronto sentí un sueño extraño, profundo, no pude llegar a donde la gente rodeaba a la persona que no alcancé a reconocer, sólo escuché que tosía.

Un mareo me invadió, creo que me desvanecí.

Al despertar me deslumbró el sol, pero pronto pude distinguir a mis padres, a mis hermanos y a algunos conocidos. Mi padre me dio la mano, me levanté todavía tosiendo, asombrada por la emoción de mi familia al verme completamente sana y salva.

Volvimos a nuestra casa en el automóvil. Por los comentarios de mis padres y mis hermanos, fui cayendo en la cuenta de que estuve a punto de ahogarme, me sentí confundida porque yo tenía una impresión distinta que no acertaba a esclarecer. Pensé que tal vez algún golpe en la cabeza me aturdiría

– Afortunadamente estás bien, eso es lo importante.

Al entrar a casa, vi el retrato de mis abuelos en la sala, en esa fotografía eran muy jóvenes los dos... Un recuerdo poco claro vino a mi mente, por instinto toqué mi dedo anular: ¡tenía puesto el anillo de la abuela!

Me desconcerté mucho, pero no sentí temor. Jamás podré recordar los pormenores de lo ocurrido. Ese hecho misterioso será un diálogo prolongado con el amor de la anciana que a la hora de la muerte, tal vez, se fue pensando en la deuda de una tradición incumplida.



# EL UNIFORME

*A*cada muñeca que conservaba desde la infancia le cosí un uniforme igual a los que usábamos en el equipo, a los diecisiete años todavía me gustaba vestirlas. También eso tuve que hacerlo a escondidas.

Para esas fechas íbamos a estrenar uniforme, desde el lunes nos entregaron la tela y los tenis que nos patrocinó el club de varones de Pabellón.

¡Hasta de modistas la hicimos! Una señora nos enseñó a coser el atuendo, porque no había muchos recursos para ninguna de las cinco jugadoras.

Afortunadamente completamos el equipo femenino antes de empezar los entrenamientos. Casi a nadie le daban permiso.

– No, mi hija no juega, ése es deporte de hombres.

Los familiares no quisieron ni oír hablar del asunto. Se desperdiciaron talentos por falta de permiso. Aunque varias muchachas se las ingeniaban para ir casi a diario al terreno acondicionado con canastas para practicar baloncesto, hasta ahí llegaban. Hubiera sido magnífico que pertenecieran al equipo Pabellón. Dos de las chicas que jugaban furtivamente eran muy buenas, pero no querían desafiar a sus padres, obedecían sus órdenes sin chistar. Ni modo, seguro eran más dóciles que yo.

Tenía problemas fuertes, no sabía qué hacer, para mi madre fue una tragedia inaceptable que yo perteneciera al grupo deportivo femenino; tomó la rienda con coraje, se opuso desde el principio pero no logró quebrantar mi decisión, era rebelde por naturaleza y mi padre me apoyó, si no, la cosa habría estado peor. Se desquició, a ella le hubiera gustado verme invadiendo su cocina con el delantal como prueba de que en esa casa había una mujer entre dos hombres y no una machetona, como me decía cotidianamente. Me declaró la guerra desde que se enteró por primera vez, llegó al punto de negarse a aplicarme las curaciones en una ocasión en la que me accidenté jugando.

Sentía miedo de sus reacciones. Con lo del uniforme nuevo se provocaría un estallido hogareño al tamaño del mundo, por eso ni le dije nada.

En la tarde íbamos a coserlo, necesitaba un buen pretexto para salir de casa. Afortunadamente mi madre se fue de compras y con eso tuve el campo libre.

Estaba muy preocupada, la verdad, me sentía triste de verla tan renuente; con el disgusto a flor de piel, por cualquier cosa me regañaba. Enfrentarla iba a ser otro reto. Ya había cumplido dos años en el basquetbol y durante este tiempo ella observó una actitud fría. Se mantenía firme en su convicción, pero yo también en mi vocación, pasara lo que pasara.

A pesar de todo, me emocioné mucho con el campeonato; ya iban a empezar los entrenamientos en la cancha del estado, iríamos a Aguascalientes tres veces por semana, con gastos pagados. Por eso urgía el uniforme, quedó muy bonito, ya teníamos el *pants*, pero hicimos la blusa y el *short* del mismo color guinda. El día que lo terminé, me lo llevé a casa en una bolsa negra, entré sigilosamente a la sala, cuando escuché el ruido de la loza que mi mamá lavaba en la cocina. Fui como de rayo a mi recámara, escondí las prendas bajo el colchón.

El sábado después del entrenamiento, las del equipo estuvimos platicando respecto al *short*; no todas enfrentaban el mismo problema que yo, algunas sí, además estábamos sufriendo críticas de los vecinos, familiares, etcétera. En broma y en serio, nos decían “las chirrionas”.

La misa dominical se deslizaba plácidamente con rezos alternados entre el sacerdote y la feligresía, me encontraba a gusto escuchando las palabras bíblicas, hasta que después del evangelio, en la homilía, el padre se apartó del tema para hablar del pudor de las mujeres, del recogimiento y la espera para el matrimonio.

- Una mujer es la luz del hogar, su cuerpo está destinado a la sublime tarea de ser madres. Veo por aquí algunas jugadoras de básquetbol, les planteo serios cuestionamientos: ¿para qué perder el tiempo en cosas de varones? Por ahí me llegó una noticia poco edificante para ustedes y sus compañeras, supe que van a usar *short* en los juegos de esta temporada. Enseñar las piernas es pecado mortal, despiertan miradas impúdicas y seguro les dirán piropos obscenos...

Mi madre se puso pálida en cuanto oyó lo del *short*, le temblaba la barbilla de tanto apretar los dientes, mi padre, en cambio, mal disimulaba una sonrisa en los labios al escuchar los rigores del sacerdote e imaginar la tempestad hogareña que se avecinaba irremediadamente.

Al llegar a casa empezó la granizada. Mi madre me exigía que le entregara el uniforme y mi padre se oponía, primero con prudencia, en seguida, ya enojado, logró hacerla ceder de su capricho.

Ella guardó silencio en serio, los días siguientes hablaba conmigo lo indispensable, con ácido resentimiento. Llegué a salir a practicar con lágrimas en los ojos, la tristeza se disipaba en cuanto se iniciaba el juego.

Las semanas de entrenamiento pasaron volando. Por fin llegó el campeonato, el primer encuentro fue con el equipo Aguascalientes, perdimos por un punto.

Después nos ganó Chihuahua y quedamos eliminadas.

De cualquier forma el equipo aportó dos jugadoras al baloncesto estatal. Personalmente no me podía quejar, me escogieron para la selección de Aguascalientes por ser una de las mejores encestadoras de los equipos competidores, también seleccionaron a otra compañera con las mismas aptitudes que yo.

Varias amigas fueron a casa para felicitarme, pero mamá no les abrió la puerta, esta vez su enojo creció al grado superlativo, cada avance mío en el deporte la ponía fuera de sí, seguido la escuchaba musitar— eres una mediocre, ni te creas tanto—. Eso y más, con el agravante de ser seleccionada, me obligaba a salir no sólo de Pabellón, sino del estado cuando se requiriera: primero jugaríamos en San Luis Potosí, después en otros estados de la república y finalmente en Puebla que era la sede del campeonato.

Mi padre estaba dispuesto a acompañarme a algunos juegos, ella no. A la lucha de mis sentimientos interiores se oponía el gran deseo de ser una buena jugadora, aunque esas alturas no sabía cómo arreglármelas con mi madre.

- Voy a estar tres días en San Luis.
- Mejor me hubiera dado Dios puros hijos, si la mujer parece hombre...

El desaliento estuvo a punto de hacerme ceder, tenía días insultándome de muchas maneras.

La primera salida para Aguascalientes; caldeó su ánimo, no salió a despedirme sino a verme con desprecio. Mi ánimo flaqueaba, la cercanía de mi padre me dio valor.

Volteé a verla sin reproche, estaba en el umbral de la puerta, mi madre era la viva imagen de la ira. Traté de ver en su rostro un vestigio de apoyo, no lo encontré en su cara crispada, en la expresión despectiva que descifré penosamente como falta de amor.

Al dar el primer paso hacia el autobús, empecé a sentir una distancia enorme entre nosotras, sentí culpa por no saber cómo compensarle sus sinsabores.

Mi padre me apretó la mano y sonrió con gozo por mis modestos triunfos de basquetbolista, si no fuera porque él se mantuvo firme en contra de los desaforados enojos de mi madre, quizá yo hubiera desistido.

La mirada de mamá era casi alucinatoria, de pronto me pareció que su figura se transformaba, fue como si estuviera perdiendo estatura, empecé a verla pequeña, muy pequeña...



# LAS VISITANTES

– *L*es digo que no tomé demás, sólo bebí un curado de guayaba y uno de fresa con plátano, pero eran jarros pequeños, fue una degustación moderada.

Llegamos a Cosío cerca de las once de la mañana, el clima estaba frío, había algunas nubes en el cielo y un viento de helada temperatura.

Dedicamos el transcurso de las primeras horas a pasear por diferentes partes del pequeño municipio.

Visitamos la parroquia, la plaza, la presa Natillas, la fábrica de pulque y lo que queda de una estación de ferrocarril.

Por la noche teníamos planeado ir al cementerio de Los Pobres, un lugar abandonado, tétrico. Ninguna de las cuatro éramos miedosas y nos llamaron la atención las leyendas de ese camposanto abandonado.

La casa donde pernoctaríamos era de mi tía Lucita, quedaba justo a dos cuadras del cementerio, la distancia sería corta si teníamos que salir corriendo por aquello de las dudas.

Estuvimos platicando con mi tía acerca de las leyendas.

– Allá ustedes. Luego las tendré que curar de espanto.

Tendríamos que esperar la media noche, hora propicia para que salgan los espíritus, esas desventuradas ánimas que aterro- rizan a quien va por ahí.

Nosotras éramos escépticas, íbamos precisamente a constatar la fábula de las apariciones, se hablaba de los ruidos de la carreta de la muerte y del fantasma de un hombre montado a caballo...

A las once cuarenta y cinco salimos rumbo al cementerio.

Cada una llevábamos una linterna para iluminar por donde pisábamos. Por desgracia no había luna. Era muy densa la os- curidad.

Una cosa es no ser temerosas y otra muy distinta era estar en un lugar poblado de tumbas abandonadas, cubiertas de un polvo fino como si fuera de huesos desenterrados.

Al entrar nos invadió un escalofrío estremecedor, nos en- contrábamos en un sitio donde lo tenebroso era evidente, la energía de los muertos se captaba en el viento nocturno que soplaba con fuerza.

Hicimos acopio de valor, permanecemos ahí, a pesar de que la vista de sepulcros y cruces nos hacía percibir fúnebres si- luetas donde no las había. La imaginación dotaba de formas espectrales a las más inofensivas sombras.

A lo lejos, nos pareció escuchar las campanadas de un templo, eran las doce en punto, comenzamos caminar... Anduvimos cerca de diez minutos sin oír el ruido de la carreta de la muerte, ni el relinchar de caballos.

Aguzamos el oído, no percibimos más que el ulular del vien- to. En nuestro andar sin rumbo encontramos una singular capi- lla. Al parecer, ahí se había efectuado una ceremonia a la santa muerte, poco sabíamos de eso, pero en una ocasión leímos en un artículo periodístico que ese culto lo practicaban exclusiva- mente los criminales, pero poco a poco fue ganando adeptos entre el pueblo en general.



Ahí, el aspecto de las cosas adquiría matices intimidantes.

En el altar había una estatua de la muerte vestida de negro, con una túnica color púrpura cubriéndole la cabeza y la espalda. En su honor se consumieron varias veladoras, se marchitaron ramos de flores, se bebió una botella de tequila y se sacrificó algún ave, en el altar había plumas, sangre seca y trozos de carne.

Avergonzadas de nuestro temor ante el desconocido culto, propusimos salir de ese lugar donde se necesitaban más fuerzas de las que teníamos para aventurarnos por otros lados.

Ya amedrentadas, con el temor a encontrar vivos o muertos, decidimos volver a la casa de mi tía Lucita. Cada una ocupada en iluminar con la linterna el piso por donde caminábamos, no dijimos ni media palabra.

Fue entonces cuando experimenté un irrefrenable deseo de volver a atrás, rumbo al centro del Cementerio de los pobres. Mis amigas me perdieron de vista sin darse cuenta.

El relinchar de un caballo se escuchó cerca de mí, era un hermoso ejemplar blanco. Estaba petrificada pero reaccioné, dominé el miedo, me detuve para ver mejor al jinete vestido de negro, embozado en una capa que le tapaba la cara con excepción de los ojos brillantes en la oscuridad.

De pronto la visión me pareció borrosa, alcancé a distinguir sus movimientos. Sacó un papel del bolsillo del pantalón, lo dejó caer y desapareció. Todo quedó en penumbras. No supe de dónde obtuve tanto valor, parecía como si obedeciera órdenes sin palabras.

Me acerqué al lugar donde estaba tirado el papel, lo recogí y con la linterna iluminé las letras perfectamente legibles.

*Mi alma no ha podido descansar desde que en vida, cegado por la ambición, con dinero público, recorrí tierras y mares en la opulencia, no escatimé en darme mundanales gustos con el fruto*

*del trabajo de los campesinos que entregaron su dinero a cambio de falsas promesas, nada me conmovió y ahora peno como pené en el último instante de mi vida, cuando caí del caballo a campo traviesa sin que nadie pudiera ayudarme. Mi espíritu vaga a la espera de que alguien con buen corazón busque el número treinta y tres en una lápida de mármol. Nadie ha podido abrirla porque hay un designio que cumplir y sólo una persona limpia y honrada a carta cabal será elegida para poder remover la lápida. El dinero, una vez desenterrado, tendrá que dedicarse a obras que beneficien al municipio donde nací, principiando por este panteón. La tumba está cubierta de maleza, se encuentra en el centro del cementerio. Ahí quedó parte de mi fortuna mal habida.*

En cuanto terminé de leer, el papel se deshizo en minúsculos fragmentos, el viento fresco se los llevó, como se llevó mi escepticismo. Azorada, pero no atemorizada, me pregunté si alguien creería mis palabras sin la prueba que tuve en mi mano.

Mis amigas regresaron acompañadas de mi tía Lucita, camino a casa, les fui contando lo ocurrido, como lo esperaba, las muchachas se negaron a creermme, mi tía Lucita permanecía en silencio mientras ellas bromeaban. ¿Pues qué le pusieron a tu pulque? ¿Tan pronto te pegó la resaca?...

Mejor cerré la boca. Rezaba en mi interior porque todo fuera cierto y hubiera dinero para Cosío, ese municipio aferrado al trabajo para alzarse por encima de la pobreza y crecer.

Pensaba contárselo todo a mi padre, él sí iba creermme porque sabía que no miento. Ya se vería si era verdad o era una historia que supuestamente yo acababa de inventar.

# EL COFRE

*D*urante toda la noche, Amparo estuvo quejándose. La fiebre subió y comenzó a delirar refiriéndose a un cofre, recordaba haberlo visto en el patio donde iba a jugar cuando era niña, Juan escuchaba totalmente escéptico las febriles frases de su esposa. De por sí, todo lo que ella decía siempre era motivo de disgusto o de burla.

El esposo salió de la habitación matrimonial con el gesto malhumorado por el hecho de que su mujer no pudiera atenderlo como de costumbre. Amparo tenía deberes ineludibles en la cocina y en la cama, y ahora que no podía cumplirlos por la infección renal que padecía, Juan andaba enfurecido.

No aceptó por ningún motivo llevarla o llamar a un médico. Nadie revisaría el cuerpo de su joven esposa, quince años menor que él. Los medicamentos de Amparo eran los que Juan solicitó en la farmacia según los síntomas de su cónyuge. Era un celoso obsesivo capaz de dejarla morir antes de permitir el manoseo de un médico.

Pasaron quince días sin que Amparo diera muestras de mejoría. Luisa, la hija de dieciséis años, atendía a su madre, a su padrastro y hacía los quehaceres de la casa mientras su madre se recuperaba.

Amparo superó lo más crítico de su enfermedad, afortunadamente era una mujer joven, se recobró pronto.

- ¿Cómo estás, mamá?
- Mucho mejor, hija, gracias a Dios y a ti por tus cuidados.
- En tu delirio mencionabas algo acerca de un cofre en la casa de mi abuelito, no me digas que crees en cosas de fantasmas.
- No hija, no se trata de aparecidos. Voy a romper la promesa que hice a tu abuelito de no decir nada a nadie sobre ese tema. Él descubrió el cofre cuando excavó para hacer el aljibe, todavía sigue ahí. Mi padre es gente de antes y cree en supersticiones, por desgracia mi hermano mayor murió de una caída en ese foso, tu abuelito se lo atribuyó a la maldición del espíritu guardián de las riquezas.
- ¿Y mi abuelita sabía eso antes de morir?
- No, tu abuelo no le dijo nada a ella, yo lo supe porque, niña como era, andaba de curiosa y vi el cofre en el agujero, mi padre me exigió no comentar nada.

Me asustó mucho al decirme que moriría como mi hermano si contaba nuestro secreto a alguien.

- ¿Por qué está el cofre en casa de mi abuelo?
- Porque nuestra casa era un fuerte en la época virreinal, por ahí pasaba la ruta de la plata. Esas construcciones eran para proteger de robos el dinero o los metales preciosos.
- ¿Aquí en el Llano?
- En esa época, El Llano no era municipio...

Se interrumpieron porque oyeron los pasos del esposo en el zaguán:

- Pongan flores en la casa, ya se alivió la reina de este hogar.
- Amparo se molestaba muchísimo cuando escuchaba el tono irónico de Juan, ese hombre era el mayor error de su vida. Se

casó con él embarazada de un muchacho que la dejó para irse al norte, no vio otra salida; además, Juan era rico: no lo pensó dos veces, se sintió afortunada al ver que un hombre importante del pueblo la aceptaba en sus condiciones.

Dieciséis años de matrimonio fueron suficientes para arrepentirse una y mil veces, su esposo era un hombre violento que había llegado a golpearla porque quería tenerla encerrada en su jaula de oro.

Afortunadamente no se metía demasiado con Luisa, su hijastra, la mantenía castigada con el látigo de su desprecio y nada más. Pero la paciencia de Amparo se estaba gastando como los viejos vestidos de su clóset, un plan comenzaba a gestarse en su cabeza.

Acababa de verse en los espejos de la indiferencia de su marido, no quería vivir los últimos días de su existencia con un hombre incapaz de darle un trago de agua. Durante el mes de enfermedad, prácticamente no se acercó a la habitación más que para reiterarle ironías. Apenas repuesta, la obligó a cumplir con sus “deberes”.

Esa tarde, desafiando la ira de su esposo, Amparo se dirigió a casa de su padre dispuesta a hablar con él directamente, esperaba su comprensión ahora que ya era un hombre de ochenta años. Los silencios les estaban haciendo mucho daño.

Don Felipe continuaba en su obstinación, y con matices airados le dijo:

- Hija, no quiero perderte también a ti.
- Eso no sucederá, yo sé que su empeño viene del dolor de la muerte de Felipe, mi hermano adorado, también yo he sufrido por su fallecimiento, pero no podemos seguir así. No le he dicho nada por no causarle una pena: Juan me trata muy mal, me grita por cualquier cosa y ya ha llegado a golpearme. A Luisa la desprecia, la ve como si fuera una

esclava. Papá, recuperemos ese cofre, el único que tuvo en sus manos el baúl fue usted y no le pasó nada.

- ¿Qué no me pasó nada, dices? Me pasó algo peor que si yo estuviera muerto, así es eso, hija, uno no sabe a quién van a elegir los espectros para su venganza. No quiero perderte a ti también. ¿Te has puesto a pensar que sería de mi nieta?, yo ya estoy viejo y no tardo en ir al otro mundo.
- No, papá, ¿por una superstición vamos a estar atados? Ya no piense en eso.

Continuaron hablando un par de horas más hasta que Amparo tuvo miedo de que Juan hubiera llegado del rancho.

Se fue a casa decepcionada por la necedad de su padre, pero no bajaría la guardia hasta convencerlo.

Pasaron un par de semanas de insistirle a su padre que contratara a un albañil para excavar el foso, entre Luisa y ella le suplicaron al unísono; don Felipe no cedía.

Esa tarde al regresar de la casa paterna, encontró a su marido en el zaguán, con la cerveza en la mano y la ira en el rostro desencajado.

Ni siquiera le dio tiempo de hablar, entre golpe y golpe le reclamó sus salidas vespertinas.

- ¿A poco crees que no me iba dar cuenta?, el lunes te esperé dos horas, el martes te seguí, ni te enteraste, ¡Te he dicho que no te vayas a meter con el carcamal de tu padre!

Amparo apenas podía esquivar los golpes. Luisa aprovechó uno de los más violentos ataques de su padrastro a su madre, llamó a la policía. Afortunadamente una patrulla hacía su ronda por la calle, y no tardó mucho en llegar. Luisa pudo entrar al zaguán porque su padrastro había conducido a su madre a la recámara. Dos policías detuvieron a Juan y llamaron a una ambulancia para atender a Amparo.

Al día siguiente, la joven esposa se presentó en casa de su padre para llevar en ella misma una muestra de la violencia doméstica a la que estaba sometida. Don Felipe quiso ir a reclamarle al yerno, pero Amparo le explicó que estaba preso.

– Los aparecidos no matan, papá, a mí me va a matar ese hombre de carne y hueso.

Don Felipe agachó la cabeza al verla herida. Contrito, muy arrepentido, prometió a Amparo que al día siguiente contrataría un albañil. Entre los dos idearon que el hombre excavaría hasta una profundidad determinada para que no se diera cuenta y lo anduviera pregonando por ahí.

Luego, padre e hija continuarían escarbando para sacar el cofre que iba a cambiar el destino de Amparo.





# LOS TÚNELES

¿Claustrofobia? No, pero no me gusta andar debajo de la tierra donde perdí dos dientes y temporalmente me quedé sin voz al ser llevada al socavón aprovechado por tres rufianes que me secuestraron.

No por anciana tengo mala memoria, me acuerdo como si fuera hoy, del año dos mil uno cuando andaban haciendo las excavaciones para utilizar los túneles como atractivo turístico.

Algunas galerías están justo debajo de la parroquia de Nuestra Señora de Belén de los Asientos de Ibarra, como le llamaban antes al hermoso templo, otras en los subterráneos del Templo del Señor del Tepozán y otras sabrá Dios dónde, este pueblo está lleno de túneles.

Siempre he sido fervorosa, en ese tiempo ayudé al párroco a reunir jóvenes para que se reanudaran las representaciones del Vía Crucis con muchachos de la preparatoria donde entonces yo era directora.

Entre todos decoramos la Plaza Juárez con un escenario propio para representar la Pasión de Cristo. La actuación de los jóvenes era tan viva y conmovedora que a más de uno se nos salieron las lágrimas, los soldados romanos se ensañaban restallando latigazos en el cuerpo de Jesucristo, esa vez hasta se representó el juego de dados para ganarse la túnica.

Un Cristo vapuleado y sangrante recorrió las calles hasta llegar al Cerrito de la Cruz, Gólgota de Asientos, testigo de la crucifixión del Señor.

Fue en la noche, durante la Procesión del Silencio, cuando me empecé a sentir cansada, me aparté de la multitud para sentarme un rato en el batiente del zaguán de una oscura calle.

Llegaron tres malvados en un coche viejo, se acercaron a mí para preguntar por dónde iría la procesión y repentinamente me cayeron encima, me cubrieron con una cobija negra tapándome la boca al punto de la asfixia. Rápidamente, ya cuando me tenían en el automóvil, el que iba conmigo en el asiento de atrás, descubrió mi cara, me amordazó con esparadrapo y me vendó los ojos con un pañuelo negro.

Muerta de susto, fui conducida hasta un túnel, no reconocí el lugar, entraron conmigo, me quitaron la cobija y la venda, me aventaron por una rampa de piedras. Se rompió la blusa por mi espalda, un frío húmedo se coló hasta mis huesos, estuve tiritando todo el tiempo, con dos dientes rotos y con dolores en todo del cuerpo.

En el interior del túnel estaba un muchacho, víctima de secuestro exprés... lo vi golpeado, muy maltratado, tenía un día ahí.

No tardé en saber para qué me llevaron a ese sitio, querían pedir rescate al sacerdote de la parroquia porque yo soy sola en el mundo. No sé cómo se enteraron de los donativos que entregaba a la iglesia cada mes, mi difunto esposo me dejó bien económicamente.

La galería era amplia, en ese húmedo lugar acondicionaron una horrible vivienda, con una cama, una mesa y una estufa portátil. Se iluminaban con linternas que no alumbraban mucho, era un agujero lúgubre de por sí.

Estaban tan seguros de que no serían descubiertos, que hablaban de sus fechorías como si nadie los oyera. Tenían prisa

por reunir el dinero para ir a vivir a los Estados Unidos con su parentela dedicada a coyotear migrantes.

Cuando se ofrecía, uno de ellos se quedaba cuidándonos y solamente salían dos para hacer las llamadas extorsionadoras porque los celulares no tenían señal abajo.

En determinado momento los vi regresar alegres, los familiares del chico secuestrado habían aceptado depositar el rescate en el lugar indicado por sus captores, bajo amenaza de matar a la víctima si daban aviso a la policía. Imaginé mi futuro inmediato, nada más faltaba que el padre hiciera lo mismo por mí.

A eso de la media noche comenzaron a oírse ruidos extraños, los maleantes se levantaron como de rayo imaginando que habían sido descubiertos, el que estaba cerca de la entrada los tranquilizó diciéndoles:

– ¡Aquí no hay nadie, no pasa nada!

Las uñas largas, pintadas con esmalte morado, relucieron en un rincón del pasadizo... Ante nuestros ojos atónitos aparecieron tres mujeres reavivando una hoguera al fondo de la galería. Todos enmudecimos cuando las vimos empezar a dar vueltas sin pisar el suelo. Vestían una túnica larga, por encima usaban sendos sambenitos con dos cruces rojas y las llamas de una hoguera dibujadas hacia abajo.

De pronto, las lenguas de fuego crecieron emitiendo el calor de lumbre verdadera, las mujeres se aproximaron a los secuestradores, mostraban sus grandes manos en ademán de sacarles los ojos, por instinto uno de ellos les apuntó con la pistola, tres carcajadas escalofriantes se difundieron en la galería...

En los siguientes minutos únicamente las ropas de los maleantes comenzaron a incendiarse, los tres huyeron despavoridos. La sobrenatural escena se desvaneció frente al chico secuestrado y frente a mí, no dábamos crédito a lo presenciado, la

experiencia fue espeluznante. Me desmayé o caí en un sueño raro, sumergida en el terror.

Desperté al día siguiente, el muchacho secuestrado no se encontraba ya en ese sitio, seguro intentó despertarme en vano porque ya estaba desamarrada, libre de manos y pies, únicamente tenía la mordaza puesta, imagino que no quiso quitármela por no lastimarme.

Me puse en pie confundida, caminé sin saber qué rumbo tomar, como en el juego de la gallina ciega, no acertaba a distinguir la salida del túnel. Unos minutos después me percaté con asombro: estaba en un lugar diferente al sitio donde me condujeron los secuestradores.

Me rodeaba una atmósfera más limpia y a una distancia no muy lejana podía verse algo parecido a la luz del sol. Decidí dirigirme por ese rumbo... de pronto topé con un pasadizo lleno de rocas brillantes incrustadas en las paredes.

No soy tan experta para determinarlo con seguridad, pero viviendo en un pueblo de tradición minera he visto muchas rocas. Supongo que era plata. ¿Y si se trataba de una veta sin explorar? Apresuré el paso, anduve tambaleante, guiada por la luz hasta llegar a los túneles que estaban en proceso de excavación, los obreros me ayudaron a salir, no pude decir nada, en esos momentos me di cuenta de que había perdido la voz.

Encontré al párroco y a los alumnos sobresaltados por mi ausencia, me habían buscado en mi casa, en la Cruz Roja, en Aguascalientes, por todas partes sin resultado alguno.

Con la limitante de la pérdida de la voz, me di a entender como pude. Al ver mi lamentable estado me condujeron a un hospital.

El tiempo pasó como un suspiro, recuperé mi voz pero ya no fui la misma. Quedé muy afectada por el miedo a vivos y muertos,

busqué refugio en la copita. Del susto me vinieron muchos problemas de salud, sufría desmayos intermitentes y una vez convulsioné, pero no quedé loca ni amnésica: lo que vi es verdad y es verdad que una noche tuve una especie de sueño donde una de las aparecidas en el túnel me indicó el lugar donde debía excavar para encontrar el filón de plata.

Con el vicio, los desmayos en la calle y con el cambio de parroquia del sacerdote que confiaba en mí, perdí credibilidad. De puro coraje, dejé de dar donativos al templo.

Desde que eso sucedió he ido a visitar a cada uno de los presidentes municipales en serie; ninguno cree en mí. Siquiera en memoria de los muertos y en beneficio de los vivos deberían invertir algo para explotar el filón, pero no les basta mi testimonio. Una mujer anciana, medio ebria, que se cae en la calles, no puede tener razón en lo que dice de este pueblo mágico, que como todos, hace magia para sobrevivir.



# LAS RUEDAS DE MOLINO

La masa no había fermentado desde hacía dos semanas, ya iban seis veces que la preparaba y la tenía que tirar a la basura... seguí las instrucciones perfectamente bien, compré harina integral, usé agua mineralizada para elaborar la masa madre... no es que fuera una experta en panadería, pero ya había hecho estos bollitos antes, me salían muy bien. Vi la receta, seguí los pasos al pie de la letra y no había subido ni un centímetro. ¡Qué raro!, se supone que para el quinto día ya tenía que haber doblado su volumen.

Al terminar decidí ir a preguntarle a doña Toñita por qué me pasaba eso, ella me enseñó a elaborar panes muy ricos, pero no entendí lo que sucedía esa vez.

Después de haber escuchado misa en el templo del Señor de Tepezalá, me pasé a la casa donde doña Toñita vendía pan casero en el zaguán.

Estaba muy ocupada atendiendo a una clientela numerosa. Entré a la salita y me entretuve viendo las fotografías que coleccionaba la hacendosa señora.

De una pared colgaba el escudo de Tepezalá con orgullo de agricultor y minero, en otro muro estaban las fotografías de los

vitrales de la iglesia, una de la tradicional danza, “Las plumas”, y en otra, lo que queda de la hacienda Las Pilas.

Cuando Toñita se desocupó, se dispuso a atenderme, le comenté lo de la masa, se quedó viéndome muy seria y me hizo un par de preguntas que para mí nada tenían que ver con la cocina.

Llegué a mi casa dudosa de las recomendaciones de Toñita, no me explicó todo lo referente a los eventos que nos irían ocurriendo porque quería estar segura de que su opinión era cierta, sólo me advirtió: “Lo de la masa significa que podrían pasar hambre”.

Yo casi no creía en supersticiones, teníamos una buena posición económica y eso de carecer de alimento me pareció inverosímil.

De cualquier forma, decidí hacer lo indicado por la amable señora. Saqué la masa madre del recipiente y formé una cruz con ella, en seguida coloqué una vela blanca y encendí la mecha.

Al entrar mi esposo a la cocina, la vela se apagó sin motivo alguno; esa y otras cosas raras estaban ocurriendo en nuestra casa, escuchamos algo así como el restallar de látigos, dos veces creímos ver unas flamas rojas en el patio trasero. No hicimos mucho caso.

Al día siguiente, en una reunión de amigas platicábamos sobre supersticiones; les había contado lo pasado en casa.

- ¿No te dio miedo?
- No, porque estoy segura de que nos traicionó la imaginación, nos sugestionamos.

Mis amistades pusieron a prueba mi valor. Llevaron un espejo, me retaron a romperlo intencionalmente, no lo dudé, lo estrellé contra el piso demostrando ser la más valiente, ninguna se atrevió a repetir la hazaña.

Durante los días siguientes empezamos a dudar de nuestro escepticismo, a media noche escuchamos un fuerte repiqueteo de campanas que nadie más oyó, lo constaté con los vecinos.



Oíamos pisadas y aleteos de pájaros siniestros. Otra noche vimos una sombra en el patio; en cuanto nos acercamos, desapareció.

Ante lo evidente, no nos quedó más que aceptar las cosas.

Estábamos ya muy nerviosos, cada día nos sucedían situaciones diferentes, la última, un vaho helado nos nublaba la vista por segundos.

- No podemos seguir así, ¿en verdad no hiciste algo de eso? Porque yo no.
- ¿Vas a seguir con tus supercherías? Hasta me contagias, por eso veo moros con tranchete, por tu culpa.

Regresé a consultar a doña Toñita, quería que me explicara todo con claridad.

- El primer indicio es lo de la masa, después los espíritus sin reposo andan por la casa haciendo fechorías: te esconden la llaves, desaparecen tus joyas y así sigue la cuenta de averías y maldades, hasta convertir tu vida en un infierno.

Al fin lo comprendí, tendríamos que afrontar el problema con seriedad, las revelaciones hechas por la buena señora eran ciertas, las estábamos viviendo en carne propia. Mi esposo también sentía un desasosiego que no quería reconocer por obstinado.

- Por cierto, no encuentro un par de aretes, hace mucho que ni los uso...

Nos retiramos a dormir, estaba fatigada por el insomnio padecido las noches anteriores, esa noche no era la excepción, pensaba en varias cosas, doña Toñita dijo que leyó un libro del siglo XIX donde describía varios sucesos parecidos al que estábamos experimentando, recordó algunas de las páginas al pie de la letra. Ya no me cupo duda, no eran mentiras, no podíamos retrasar más la solución.

Repentinamente sentí algo raro, una especie de sueño, nada parecido a la somnolencia percibida antes de dormir, fue un adormecimiento general en el cuerpo acompañado de visión borrosa y sensaciones extrañas, en ese estado visualicé a un minero rondado la fuente de nuestro patio de atrás, se desvaneció de pronto, yo grité tanto que mi esposo se despertó con gran susto.

Experimenté lo que creí una revelación. Desperté confusa.

- ¿Quién te dio las piedras de molino?
- Nadie, no había ni un alma cuando me las traje.
- ¿Ni un alma? No recuerdas lo que dice la gente de por ahí.

Fuimos al patio trasero a ver las piedras de molino con las que mi esposo acondicionó una jardinera muy bonita con su fuente en medio.

Esas ruedas las tomó de las ruinas de la Hacienda Las Pilas. En el pueblo circula una leyenda: dicen que ese sitio está custodiado por ánimas de mineros que se han visto de noche. Si alguien toma algo de ahí, empiezan las averías de los espíritus; doña Toñita me advirtió eso y más.

- Los hurtos se castigan con hambre y así sucesivamente lo que ya vivimos. Tenemos que devolverlas.

Obstinado como era todavía, renegó.

- Me cuesta trabajo creer esas patrañas, todo porque no sabes hacer pan.

Nada más estaba alardeando, trataba de hacerse el fuerte pero estaba tan asustado como yo.

Inmediatamente se movilizó, trajo unos jornaleros para que les ayudaran a cargar las piedras de molino en la camioneta... Todavía murmuraba cuando las subió al vehículo, pero fue a regresar lo robado a plena luz del día.

# NO ES QUE SEA VANIDOSA

*M*e dolía y me sigue haciendo sufrir el terrible silencio en el que se hundió, me atormentaba el remordimiento, aunque yo no lo hice por mal, las cosas no salieron bien...

No es que sea vanidosa, pero me gustaba lo bueno y no me resignaba a la mediocridad, no podía aceptar las carencias; también le tomé gusto a los viajes, paseábamos por varios estados mexicanos, no era suficiente, yo soñaba con viajar al extranjero.

De la tienda de abarrotes de mi esposo, sacábamos para ir pasando y darnos uno que otro lujillo, nada extraordinario, joyas, algunos vestidos comprados en las mejores boutiques, viajes y deudas en las mueblerías de Aguascalientes, todo se iba liquidando con dinero de la tienda.

El negocio era muy próspero, pero supongo que mermaba lentamente, yo ni cuenta me di y seguía comprando y comprando... Al principio, Alejandro me ocultó la situación financiera, su amor era muy grande, nunca me dijo nada, seguro temía que lo dejara de amar.

Contra sus buenas costumbres, un día bebió demás; en ese estado sacó el valor necesario para confesarme el problema, quería que entre los dos encontráramos la solución.

Lloré mucho y me enojé con él, pronto me percaté de que con eso no remediábamos nada, brotó mi personalidad práctica, le

propuse una salida, me miró con ojos tristes y con dolor se negó: para él, ése no fue un arreglo aceptable.

Utilicé mis encantos para lograr convencerlo, a él no le gustaba la aventura, pero con llantos, quejas y noches de fuego, lo fui ablandando hasta que me concedió el deseo, no le pedí eso porque no lo quisiera, lo amaba por joven y guapo, el único defecto era su mediocridad económica. Alejandro no tenía tipo de abarrotero, yo quería que fuera un empresario, algo por el estilo.

Su tristeza no consiguió hacerme desistir de mi idea, estábamos arruinados, por eso procedí como lo hice; lo amenacé con abandonarlo.

Tenía una gran ilusión de conocer el lugar a donde iría Alejandro. Ahí todo significaba riqueza, estaba obsesionada con ese gran país de edificios tan altos que casi tocan el cielo. Había leído en revistas los elogios a la máxima potencia del mundo. Soñaba con conocer las amplias avenidas de Nueva York, Disneylandia, Orlando, las tiendas donde ofrecen descuentos estratosféricos...

- ¡Por Dios, Alejandro, es el país de las oportunidades!
- ¿Cuándo y dónde has visto a alguien regresar rico?
- Eso es porque son gente con menos inteligencia que tú, eres tan activo y emprendedor; pronto encontrarás a quien descubra tu talento.

Durante toda esa noche estuve planeando cómo hacer las cosas. En la mañana me dirigí a la casa del coyote más afamado en Rincón de Romos, regresé con él ya con el trato hecho.

Alejandro se fue pronto, no sé si convencido y emocionado o triste y forzado por mí. No me importó: yo tenía fe en él y en ese poderoso país.

Duré seis meses sin saber nada de Alejandro. Al ver que su ausencia se prolongaba, eché mano de mis ahorros pero también me preparé como pude, estudié mucho para ser guía de turistas y me regresé a Rincón de Romos a ejercer la profesión. No me quise quedar en Aguascalientes porque tenía mi buena casa y aunque el pueblo no ofrece gran cosa, por lo menos no pagaba rentas caras. También lo hice porque en Rincón destacaba entre las otras chicas y mi casa era la más bonita.

Una vez recibida la instrucción necesaria, empecé a acompañar a los turistas de Rincón de Romos. Encontré gusto por ir a las haciendas, sobre todo a la de San Blas. Hoy se llama Pabellón de Hidalgo por haber sido la sede donde el cura Miguel Hidalgo y Costilla entregó el mando de sus ejércitos a Ignacio Allende.

Se agudizó mi facilidad para narrar lo ocurrido en otros tiempos, en los lugares que eran objeto de visita turística. Iba a la plaza Juárez, a la comunidad de Escaleras a ver los objetos esculpidos en ónix y varios sitios más. A donde casi no entraba era al templo del Señor de Las Angustias porque no había querido hacerme el milagro de saber dónde y cómo estaba mi marido; la gente empezó a decir que Dios me castigó por ambiciosa.

El coyote aseguró que lo dejó sano y salvo en Houston.

A mí no me importaba lo que se dijera, sólo puse atención a mis sentimientos. Bastante tenía con los combates interiores. A veces, el remordimiento no me dejaba dormir en paz.

No podía llorarlo como muerto, en el fondo presentía que estaba bien, la esperanza me consolaba disipando mis temores.

Eso sí, siempre me jacté de no corresponder a los requiebros amorosos de los hombres que me rondaban, no faltaron al verme sola. Me halagaba el asedio constante, algunos piropos incluían ofrecimientos de regalos que jamás acepté.

Mi amor por Alejandro estaba en pie, seguía íntegro.

Como exhibida en una plaza pública, serví de comidilla diariamente, los comentarios velados e indirectas me resbalaban

sin dejar huella. Mis trincheras emocionales no eran de barro, no se rompían fácilmente, hasta las pocas amigas que tenía, me hacían preguntas indiscretas.

– ¿Y tú, de dónde saliste tan curra? Parece que te hubieran criado como princesa.

Entre broma y broma, la verdad asoma.

Lo que decían mis amigas era cierto, en mi casa paterna siempre faltó el dinero. Supongo que yo evolucioné de modo diferente a mis hermanas por influencia de mis revistas favoritas, esas donde retratan a la crema y nata de la sociedad. Leía todas las gratuitas y compraba las que publicaban fotografías y elegancias de príncipes y princesas. También me embebía viendo el internet, ahí encontraba un buen entretenimiento, fascinada por las fotografías de personas famosas, sus residencias y el vestuario.

Hasta las telenovelas me provocaban ilusiones fantásticas, anhelaba atravesar murallas para pertenecer a grupos selectos.

Gozaba imaginando mis sueños cumplidos, me inscribía en cuanta edición digital de gente de nivel que encontraba. En verdad, en ocasiones me sentía parte del mundo de los ricos.

Soñar no cuesta nada, no consentía los malos pensamientos que llegaban a mi mente, nunca acepté que a Alejandro le hubiera pasado algo. La idea se mantenía en el punto de mejorar, no de ir para atrás. Mi paciencia no se agotó con el paso de los meses.

Lo sabía, lo intuía, después de medio año recibí una carta de Alejandro. Me puso al tanto de su paradero, aunque no eran buenas noticias, tampoco derribaban mis sueños. Estaba preso en una cárcel de Houston, porque lo inculparon de participar en una riña contra unos patrulleros de la migra en la que un policía salió malherido, me decía que él no entró al pleito, pero como estaba con los rijosos, también se lo llevaron a prisión.

Dijo que aún no lo sentenciaban, que quizá podría salir pronto y volver a casa.

Eso sí que no, no tenía porque exagerar las cosas, nada de venirse fracasado. Yo le mandaría una carta para pedirle que cuando estuviera libre se pusiera a trabajar en algo donde le pagaran sus buenos dólares.

El sufrimiento de esos meses no sería estéril, mi entusiasmo no disminuía por un tropiezo, le exigiría permanecer allá y una vez acomodado en un buen empleo, le pediría que me mandara dinero para movilizarme e irme a los Estados Unidos a darnos la gran vida.





# BATALLAS

*S*i mis gracias femeninas se quedaron pegadas con alfileres a los vestidos con los que participé en la escuela en todas las festividades, ni modo, yo quería probar otra cosa, vivir nuevas experiencias aunque se escandalizara mucha gente.

Ese día en el salón, mientras veíamos las fotografías de cada una de las fiestas patrias en las que habíamos bailado, les conté mis planes a mis compañeros.

El grupo se dividió en dos bandos: uno me creía capaz y el otro lo consideraba una locura, no daban crédito a mis palabras, tenían prejuicios, me dijeron que, pese a mis esfuerzos, no lo iba a lograr.

– De un aventón te tumban...

Entre mis debilidades no estaba la timidez, ni el miedo, tampoco desistía de algo con facilidad, ya había corrido riesgos en otras situaciones.

Mis amigos trabaron apuestas a favor y en contra de mi propósito.

Durante toda la noche, mi hermano siguió con fiebre, seguro al día siguiente continuaría así, había contraído una gripe de esas que es cosa de días, no de medicina para retirársela.

Sobre la cama estaba la indumentaria de chicahual, con la que representan a los combatientes. Nicolás tenía la ilusión de amanecer bien de salud para participar en el simulacro de batalla en honor de Santiago apóstol.

Los días precedentes, la campana de la parroquia estuvo tocando el alba para anunciar que la batalla iniciaría el día veinte y cinco del caluroso mes de julio.

Nicolás dormía profundamente cuando saqué todo, la máscara blanca con barba y bigote hecha de cartón piedra. Mi hermano pertenecía al grupo de los españoles, los moros llevaban una máscara del mismo material, pero negra.

También estaban ahí, el sombrero de ixtle adornado con borlas y un flequito azul, el traje de manta y la fajilla roja junto con el machete de madera y los huaraches. Me llevé la indumentaria a mi cuarto esperando con ansia la representación.

Toda la noche soñé la popular feria de Jesús María, el municipio donde nací. En mi infancia me asustaba ver la pelea entre moros y cristianos, la algarabía y la vestimenta de musulmanes y chicahuales me hacía temblar, poco a poco fui perdiendo el miedo y no pasaba año sin que estuviera presente.

El día veinticinco me levanté temprano para ir al salón de belleza, al regresar mi madre casi se infarta al verme con el pelo tan chiquito.

- ¿Por qué te lo cortaste tanto?
- Tengo planes que contarte, además me favorece el cambio, ¿no?

La conocía bien, mi mamá reaccionaría desaprobando mi intención por miedo a que me pasara algo, pero acabaría por ceder por cariño, aunque no comprendiera mis andanzas de adolescente.

- Quisiera expresártelo de modo que entendieras, no es una danza propiamente, es la representación de una batalla, hasta algunos hombres han salido lesionados, tu hermano se cayó y un caballo le rompió un brazo, ¿no te acuerdas? ¿A quién saliste tan rebelde? Si te descubren se van a enojar contigo los organizadores y los participantes.

Desde que murió mi padre ella se había vuelto más temerosa respecto a nosotros, era muy aprehensiva, siempre estaba un poco triste. Por eso me dolía desobedecerla, por buena y porque acababa por tomarse las cosas con más tranquilidad con tal de vernos felices.

Al atardecer del día siguiente, fui a ver qué se le ofrecía a mi hermano, después de llevarle una taza de chocolate con una concha, me retiré para vestirme de chichahual, el traje me quedó perfecto, Nicolás y yo estábamos casi iguales en estatura y peso.

Mi madre no quiso ir a ver la representación.

- Es casi el mismo peligro que verte vestida de torera en una corrida desigual, además no quiero estar presente si te descubren, pueden reaccionar mal, regañarte y de paso a mí, por cómplice.

A eso de las seis de la tarde, al redoble del tambor fuimos saliendo de nuestras casas para reunirnos en la calle, me pareció increíble escapar de miradas indiscretas. Tendría muchos cuidados para que no me descubrieran.

Minutos antes de comenzar, recorrí con la vista el escenario colorido, lleno de emociones, los moros con sus trajes, su turbante y espadas, avanzaban al saleroso paso de los caballos. En medio del ruido y de las voces de la gente, empezó la batalla: parecía que teníamos ventaja, pero al fin nos vencieron los moros.

El rey de España estaba desolado, se retiró del escenario de guerra y, al quedarse dormido, tuvo un sueño.

Santiago Apóstol llegó montado en su caballo, se aproximó al Rey para decirle: “Hoy perdiste, mañana vencerás”.

Después de la revelación y con apoyo del Santo Santiago, el Rey de España salió a combatir muy animoso, ganamos la batalla porque Santiago mató a todos los moros, pero Dios lo recriminó por ese sangriento hecho, el contrito apóstol resucitó a los muertos tocándolos con su espada.

Ya con el permiso de mi madre, sin decir nada al enfermo, llegué a la segunda representación. Al día siguiente se presentó la señora Santa Ana, madre de la virgen, a repartir comida para fortalecer a lo chicahuales que continuaban la lucha contra los moros.

Todos los días que hubo celebración participé sin despertar sospechas, sostuve el fragor de la batalla, me moví con destreza.

La mayor parte de mis condiscípulos estuvieron en la representación de manera muy discreta para no delatarme, la maestra de Literatura también andaba por ahí celebrando mi valentía. La profesora Castillo era una feminista convencida, desde primero de preparatoria nos leía fragmentos de textos de Rosario Castellanos, de Sor Juana Inés de La Cruz y hasta de Simone de Beauvoir, palabras más palabras menos, las tres escritoras coinciden en que la mujer no debe ser una muñeca de carne disfrazada, sino sostenerse en lograr la igualdad en todos los campos.

Esos escritos me ponían a reflexionar, tal vez por eso tuve la audacia de quitarme la máscara el último día al final de la representación. La reacción fue diversa, frente a las caras atónitas, también hubo entre los mismos chicahuales y el público quien lo tomó con humor y rio a carcajadas, otros me miraban con simpatía, y los menos, tenían una mirada grave, de desaprobación.

Quizá tendría que luchar con una descarga de descalificaciones, no me importó, estaba decidida a dar el siguiente paso: que me aceptaran en la representación de forma permanente.



# LOS SONIDOS DEL AGUA

El cuidado y diseño de la edición estuvieron  
a cargo del Departamento Editorial  
de la Dirección General de Difusión y Vinculación  
de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.